

Ministerio **ADVENTISTA**

- ◆ La tarea más noble
- ◆ Celebremos las diferencias

Noviembre - Diciembre 2000



**Apacienta
el rebaño**

Ministerio ADVENTISTA

Contenido

- 2 La tarea más noble**
Zinaldo A. Santos
- 3 Un pastorado de calidad**
Zinaldo A. Santos
- 7 Celebremos las diferencias**
Ron y Karen Flowers
- 10 Apacienta el rebaño**
Chor-Kiat Sim
- 13 La dimensión pastoral de la predicación**
José Carlos Ramos
- 18 Un seminario inédito**
Reportaje
- 21 El aspecto evangelizador de la predicación**
Luiz Nunes
- 25 El equilibrio en la predicación**
Alejandro Bullón
- 29 La preparación del predicador**
Emilson dos Reis
- 31 Obsolescencia**
José M. Viana

Director:

Werner Mayr

Traductor:

Gastón Clouzet

Consejeros:

Alejandro Bullón

José Viana

Diagramadora:

Ivonne Leichner

Año 48 - Nº 286 / NOVIEMBRE-DICIEMBRE 2000

FOTO DE TAPA: HUGO O. PRIMUCCI

MINISTERIO ADVENTISTA es una publicación de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana de la IASD; editada bimestralmente por su propietaria, la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. Impresa mediante el sistema offset en los talleres gráficos de la ACES, Av. San Martín 4555, B1604CDG

EDITORIAL

La tarea más noble

Zinaldo A. Santos.

Entre las múltiples funciones que abarca la obra del pastor se encuentra la predicación. Está vinculada con la misión de la iglesia, y no importa qué énfasis se dé a cualquier otra tarea, nada debería disminuir su importancia. Según Marcos, el evangelista, Jesús "estableció a doce, para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar" (Mar. 3:14). "Id por todo el mundo y predicad el evangelio" fue la orden del Maestro (Mar. 16:15).

Al hablar acerca de la predicación, Andrew Blacwood opinó que "se la debería considerar como la tarea más noble que existe en la Tierra. Aquél que haya sido llamado por Dios para proclamar el evangelio... en el púlpito tendrá que hacer mucho de su mejor trabajo para el tiempo y la eternidad".

En la liturgia protestante, a partir de la Reforma, la predicación pasó a ser la función más destacada del pastor. Por eso mismo, en la mayor parte de las iglesias evangélicas de hoy la eficiencia del pastor se mide por su éxito como predicador. De cierto modo esto no difiere mucho del pensamiento adventista porque, a pesar del énfasis que le da a la obra personal, Elena de White, por ejemplo, recomienda la designación de hombres especialmente calificados para la obra de la predicación. "Es un gran error mantener constantemente ocupado con asuntos financieros a un ministro que tiene el don de predicar el evangelio con poder... Las finanzas de la causa deben estar debidamente protegidas por hombres que tienen habilidad para ese ramo de la obra; los predicadores y los evangelistas, por su parte, han sido separados para otra clase de trabajo. La dirección de los asuntos financieros debe estar en manos de otros que no han sido apartados para la obra de predicar el evangelio" (*El evangelismo*, pp. 91, 92).

Se ha repetido con cierta frecuencia que el púlpito se ha debilitado. Una de las razones, lógicamente, es la falta de preparación y de esmero de los predicadores: "El ministerio se está debilitando porque están asumiendo la responsabilidad de predicar ciertos hombres que no han recibido la preparación necesaria para llevar a cabo esta obra... La salvación de los seres humanos es una obra importante, y

requiere el empleo de todo talento, de todo don, de toda gracia. Los que se empeñan en ella deben crecer constantemente en eficiencia" (*Obreros evangélicos*, pp. 94, 95).

En procura de ese constante crecimiento en el arte de predicar, se llevó a cabo el 18 de abril de este año, en Nova Friburgo, Río de Janeiro, Brasil, el Seminario para la Actualización de Pastores Evangélicos. Como consecuencia de su importancia le estamos ofreciendo, estimado lector, este número especial de *Ministerio*, que se refiere a este asunto. Tres de sus artículos son precisamente los temas que se presentaron en ese seminario: "La dimensión pastoral de la predicación", "El aspecto evangelizador de la predicación" y "El equilibrio en la predicación". Los otros artículos complementan el tema.

Recuerde que, como predicador, usted es un mensajero de esperanza. Como portavoz de Dios, no está para pronosticar la condenación, sino que es un heraldo de felicidad. Debe llevar la alegría del Señor a los abatidos y desilusionados, sacar a los hombres del fango del pecado y llevarlos a la presencia de Dios. "Cuando alguien toma en la mano la espada de la Palabra de Dios y la empuña, limpia el camino para el pueblo del Señor; entonces esta Palabra brillará con un nuevo resplandor. Sólo un sermón basado en la Palabra de Dios puede ser poderoso para derribar fortalezas" dice Roy Allan Anderson.

Por eso, el apóstol Pablo le aconsejó a Timoteo: "Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la Palabra" (2 Tim. 4:1, 2).

El pastor Horne Silva, en su libro *Oratoria sagrada*, cita en la página 62 lo siguiente de John Henry Jewett: "El público tiene que saber que estamos dedicados a una ocupación seria, que en nuestra predicación hay una búsqueda entusiasta, una búsqueda insomne y constante. El público necesita percibir en el sermón la presencia del "cazador celeste" que escudriña los corazones humanos hasta llegar a sus verdades más ocultas, persiguiéndolos con el ministerio de la salvación, para llevarlos de la muerte a la vida, de la vida a la vida más abundante, de gracia en gracia, de fuerza en fuerza, de gloria en gloria...

"El encargo que Dios nos ha dado es conducir a los hombres y las mujeres cansados o rebeldes, eufóricos o deprimidos, fervorosos o indiferentes, hacia el escondedero del Altísimo". ♦

Florida Oeste, Buenos Aires, Argentina.

Correo electrónico:
aces@aces.com.ar

www.elministerio.r1v.com

—21110—

REGISTRO NACIONAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 80804	CORREO ARGENTINO Suc. Florida (B) y Central (B)
PRINTED IN ARGENTINA	FRANQUEO A PAGAR Cuenta Nº 10272

Un pastorado de calidad

Zinaldo A. Santos

Editor asociado de la Revista Adventista, edición portuguesa.

Walter Truett Anderson, pensador norteamericano, describió el avance de la cultura secular dividiéndola en tres períodos: el pre moderno, el moderno y el posmoderno. En una así llamada “Analogía de los tres árbitros”, Anderson define esos períodos identificándolos como árbitros. Para él, el árbitro pre moderno abarca lo sobrenatural. Cree que Dios (o los dioses) es el Creador del Universo. Cultiva valores objetivos, principios absolutos y realidades trascendentes. Se puede alcanzar la verdad por medio de la revelación. Las cosas se ven tal como son.

La perspectiva pre moderna comenzó a diluirse cuando la visión moderna logró preponderancia hacia fines del siglo XVIII. La ideología moderna asumió que la razón —y no la revelación— podía descubrir cualquier verdad objetiva que pudiera existir en el Universo natural. El humanismo, la ciencia y la tecnología prometían una vida mejor. La capacidad humana todavía estaba por descubrir el verdadero sentido de la vida.

El árbitro moderno ve las cosas

desde su punto de vista. Pero el árbitro posmoderno es el que establece los valores y los principios. Lo real es lo que acontece y se construye en la mente y la imaginación de un individuo, o de un grupo de individuos en el seno de la sociedad. No hay absolutos, ni trascendencias ni fundamentos. Hay cambios, diversidades, caos, y todo es relativo.

Estamos sumergidos en este ambiente; hemos sido llamados a predicar en él nada menos que las Sagradas Escrituras. Según dice Pablo, “predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura” (1 Cor. 1:23). Por lo tanto, no hay duda de que el mundo actual representa un gran desafío para el pastor. Con sus rápidos cambios de conceptos, su creciente secularización, se necesitan pastores sumamente capacitados, poderosos, con un mensaje importante y que satisfaga las necesidades de una sociedad que cada vez es más compleja.

Este tipo de desafío no es nuevo. Pablo, mientras llevaba a cabo con celo su trabajo, percibió que vendrían tiempos de mayor complicación teológica, acentuada por el misticismo de gente que abandonaría la verdad arrastrada por pasiones pecaminosas, sustituyéndola por postulados humanistas. Por eso advirtió: “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Tim. 4:3, 4).

Pablo, mientras llevaba a cabo con celo su trabajo, percibió que vendrían tiempos de mayor complicación teológica, acentuada por el misticismo de gente que abandonaría la verdad arrastrada por pasiones pecaminosas, sustituyéndola por postulados humanistas. Por eso advirtió: “Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina; sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Tim. 4:3, 4).

tarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas" (2 Tim. 4:3, 4).

El futuro de Pablo es ya nuestro presente, lo que significa que no debemos conformarnos con una preparación superficial, inferior a la excelencia. La expresión "calidad total", presente hoy en todos los ramos de las actividades profesionales e industriales, no es, en efecto, ninguna novedad. Desde los tiempos más remotos la Biblia nos invita a alcanzar la excelencia.

Con este objetivo en vista, la Asociación Ministerial ha patrocinado en todo el mundo seminarios de crecimiento profesional, y ha extendido sus beneficios a pastores de otras confesiones cristianas. Bajo la dirección del Dr. Nikolaus Satelmajer, este programa de actualización continua ha sido muy apreciado por los materiales que pone a disposición de los asistentes y por los temas desarrollados por teólogos adventistas y no adventistas. Una de las ventajas, según Satelmajer, es el intercambio de opiniones que se produce con muchos pastores evangélicos con respecto a la Iglesia Adventista.

Los seminarios de crecimiento profesional son una versión moderna del proyecto *Preach* (predica), que inclusive utiliza la transmisión vía satélite. La más reciente de ellas se llevó a cabo en Nova Friburgo, Río de Janeiro, Brasil (véase el reportaje en este número), después del cual el Dr. Satelmajer habló con *Ministerio*. Lo planes de estudio y capacitación pastoral que son el resultado de los seminarios transmitidos vía satélite, más sugerencias acerca de cómo llevarlos a cabo, son los principales temas de esta entrevista.

Ministerio: ¿Cuál es la dinámica del funcionamiento del proyecto Preach?

Dr. Satelmajer: Para comenzar, nuestros pastores deberían establecer contacto con los pastores evan-

Los seminarios de crecimiento profesional son una versión moderna

gólicos de sus distritos, conseguir sus nombres y direcciones, y enviarnoslos. Entonces nosotros les mandaremos ejemplares de la revista *Ministry* (*Ministerio*). Otra opción es que el pastor adventista le lleve personalmente la revista a su colega evangélico, dándole la posibilidad de suscribirse. También enviamos la revista a los dirigentes de las diversas denominaciones y a los rectores de distintos seminarios. Actualmente, además de enviarles *Ministry*, promovemos seminarios vía satélite, en los cuales contamos con la participación de pastores evangélicos, no sólo como oyentes, sino también como oradores. Ése fue el caso del seminario que llevamos a cabo en la Universidad Andrews en abril de 1998, cuando tuvimos como oradores a dos pastores adventistas, un bautista y un presbiteriano. Lo mismo sucedió en 1999, cuando los oradores fueron un pastor adventista, un presbiteriano y un metodista.

M: ¿Qué pretende en realidad la Iglesia Adventista al intentar aproximarse a los pastores de otras denominaciones?

Dr. S: Nuestro principal objetivo en este intento es darnos a conocer entre los ministros de otras iglesias, para que sepan quiénes somos y qué creemos. Muchos de esos pastores no nos conocen bien y alientan prejuicios con respecto a nosotros, muchas veces sobre la base de las ideas que les transmitieron otras personas. Al conocernos mejor tienen la oportunidad de cultivar una actitud más positiva con respecto a nosotros como adventistas del séptimo día. Al leer nuestras publicaciones, ya sea ministeriales o de otra

del proyecto Preach (predica), que inclusive utiliza la transmisión vía satélite.

índole, también pueden enterarse de lo que es nuestra iglesia y llegar a conocer mejor su mensaje. Al respecto, existe el siguiente consejo de la Hna. White: "Nuestros pastores deben intentar aproximarse a los ministros de otras denominaciones. Orad por ellos, por quienes Cristo está intercediendo. Descansa sobre ellos una solemne responsabilidad. Como mensajeros de Cristo, nos cabe manifestar un interés profundo y celoso por esos pastores del rebaño". Por lo tanto, estamos saliendo de la teoría y entrando en la práctica de esa orientación.

M: ¿Cuál ha sido la reacción de los pastores evangélicos alcanzados por este programa?

Dr. S: La mayor parte de ellos reacciona de manera muy positiva. Es muy raro que encontremos una reacción negativa. Algunos de ellos ya hace años que están leyendo la revista *Ministry*, y la consideran su revista pastoral. En efecto, cerca de 50.000 están recibiendo la revista en todo el mundo en este momento. Muchos asisten a los seminarios que ofrecemos. Algunos de ellos conversan con nosotros con una actitud cristiana, adulta y madura, y hasta manifiestan simpatía por nuestras posiciones teológicas.

M: ¿Cuántos seminarios se realizaron ya, dónde y cuántos pastores asistieron?

Dr. S: Ya hemos celebrado más de mil seminarios locales en diversas partes del mundo. En 1998 comenzamos a usar la tecnología satelital con el fin de alcanzar a un grupo mayor de participantes. Con esta metodología ya hemos llevado a cabo cuatro seminarios, y tenemos

planes para celebrar otros más este año. Me siento muy contento porque uno de ellos se acaba de realizar aquí, en el Brasil. Tuve el privilegio de estar presente. Fue realmente un gran seminario.

M: ¿Es posible informar acerca de resultados prácticos, logrados por este medio?

Dr. S: Para comenzar conviene tener presente que no necesitamos hacer estas cosas con la esperanza de lograr resultados inmediatos. No podemos acercarnos a un pastor evangélico esperando que de aquí a tres o seis meses se convierta en adventista. Está comprometido con sus creencias y con su iglesia. Si ese cambio se produjera, es posible que no fuera tan inmediato. Pero podemos mencionar muchos resultados positivos. Los resumiría en los siguientes términos: muchos han cambiado de actitud con respecto a la Iglesia Adventista; de negativa a sumamente positiva. Muchos pastores se dan cuenta después que tenemos algo que ofrecerles, y pasan a considerarnos una fuente de materiales de calidad para su trabajo. También reconocen la eficacia y la pertinencia de nuestros seminarios, y la competencia teológica de nuestros conferenciantes. Una gran cantidad de ministros difunde informaciones positivas respecto de nosotros entre sus colegas y congregaciones. También ha habido casos de pastores que han llegado a ser adventistas.

M: Es evidente que la puesta en marcha de una obra como ésta requiere un aporte financiero importante. ¿Cómo han resuelto ustedes este problema?

Dr. S: Existen por lo menos tres cosas que podemos hacer para abrir las puertas de una buena relación con los pastores no adventistas, y no nos cuestan ni un centavo. La primera sugerencia: el pastor adventista se puede hacer amigo del pastor no adventista. Segunda: nuestros

pastores pueden orar por los otros pastores. Y, finalmente, nuestros pastores deberían estar atentos a la llegada de un nuevo pastor evangélico para hacerse cargo de una iglesia, y hacerle una visita de bienvenida a la comunidad. Nada de esto requiere la inversión de un solo centavo.

M: Pero en algunos lugares los pastores evangélicos tienen una actitud muy adversa hacia el adventismo. ¿Qué sugiere usted para romper esa barrera?

Dr. S: Con frecuencia existe hostilidad como consecuencia de las opiniones contrarias que los pastores alientan respecto de nosotros, fundadas en las ideas preconcebidas de quienes se las transmitieron, como lo dijimos antes. Por eso tenemos que tomar la iniciativa, e ir hacia ellos. Si no les manifestamos hostilidad, les resultará más difícil mostrarse hostiles. Cito un ejemplo personal: el mecánico encargado de arreglar mi auto, en cierta ciudad donde yo trabajaba, pertenecía a una iglesia evangélica. Éramos buenos amigos, y él era mi mecánico preferido. Cierta día me dijo que su pastor detestaba a los adventistas. Todos los domingos decía algo en contra de ellos. Sonreí, y le dije que me gustaría visitarlo. Él, preocupado, me adelantó que eso no sería nada agradable para mí. Pero insistí, y le pedí la dirección del pastor. Fui a visitarlo un sábado por la tarde. Llamé a la puerta, él atendió y me presenté como pastor. Le dije que había venido a visitarlo y a orar por él. Durante largo rato hablamos acerca del trabajo, la familia, libros y otras cosas acerca de las cuales hablan los pastores. La conversación se desarrolló en un clima distendido y fra-

base de las ideas que les transmitieron otras personas. Al conocernos mejor tienen la oportunidad de cultivar una actitud más positiva con respecto a nosotros como adventistas del séptimo día.

ternal. Antes de despedirme me ofrecí para orar en su favor, y sólo entonces se acordó de preguntarme a qué iglesia pertenecía yo. Cuando le dije que era adventista, no pudo disimular su desilusión, pero oré, me fui y quedamos amigos. El mecánico no me volvió a hablar acerca de los sermones en contra de los adventistas de su pastor.

M: La idea de que la Iglesia Adventista es una secta todavía persiste con mucha fuerza en algunos círculos evangélicos. ¿Cómo podríamos revertir esta situación?

Dr. S: La Iglesia Adventista siempre fue una iglesia evangélica. Los evangélicos tenemos algunas características comunes, que tienen que ver con la forma como concebimos la vida de Jesús. Básicamente existen cinco puntos importantes relacionados con la vida de Cristo: su nacimiento virginal, su vida sin pecado, su muerte expiatoria, su resurrección en el cuerpo y su ascensión literal. Y nosotros siempre hemos estado de acuerdo con los evangélicos en esos cinco puntos. Por eso, en ningún momento hemos dejado de ser evangélicos. Siempre estuvimos

Nuestro principal objetivo en este intento es darnos a conocer entre los ministros de otras iglesias, para que sepan quiénes somos y qué creemos. Muchos de esos pastores no nos conocen bien y alientan prejuicios con respecto a nosotros, muchas veces sobre la

en el mismo lugar. Si tomamos la iniciativa de acercarnos a los pastores, dándoles la posibilidad de conocer mejor lo que creemos, se darán cuenta de que nuestras creencias se basan en la Biblia y que nuestro mensaje es cristocéntrico.

M: Hay un proyecto de estudios denominado "Fundación Spangler", recientemente inaugurado. Háblenos, por favor, un poco acerca de esto.

Dr. S: Estamos ofreciendo cuatro becas de estudio por año. Cualquier pastor de cualquier denominación puede solicitarlas. Los que sean aceptados tendrán la oportunidad de estudiar en la Universidad Andrews, o en la de La Sierra, en los Estados Unidos. El período de estudios será de un semestre académico, exento de toda tasa escolar. Además, proporcionaremos una ayuda de hasta 5.000 dólares para viajes y alojamiento. Se puede conseguir más información al respecto consultando a los secretarios de la Asociación Ministerial de las asociaciones y misiones, de las uniones, de la División o directamente de la Asociación Ministerial de la Asociación General, 12501 Old Columbia Pike, Silver Spring, MD 20904, USA, o al teléfono 001 301 680 6503, al fax 001 301 680 6502, o al e-mail (correo electrónico) Satelmajer@gc.adventist.org

M: ¿Qué papel desempeñan las asociaciones y las misiones en la promoción de los seminarios de crecimiento profesional?

Dr. S: Para empezar, cada División debe divulgar un mensaje positivo con respecto al programa. Actividades tales como la distribución de revistas y la realización de seminarios vía satélite necesitan de la participación directa de la División. Las uniones deben trabajar con los secretarios de la Asociación Ministerial de las asociaciones y misiones, de modo que puedan entrenar a los pastores distritales acerca de cómo

cultivar una buena relación con los pastores de otras denominaciones. Pongo énfasis en el hecho de que el pastor distrital es el elemento clave de la aproximación a los otros ministros. Dedicar tiempo para conocer a esos hombres es una de las tareas más importantes que puede llevar a cabo un pastor adventista. Gracias a esa aproximación los pastores no adventistas se sentirán incentivados a participar de nuestros seminarios.

M: ¿Cómo pueden apoyar eficazmente los administradores los proyectos de este tipo?

Dr. S: Nuestros hermanos administradores tienen el significativo papel de decidir y ejecutar las cosas. Necesitan considerar que la obra de perfeccionamiento pastoral, de aproximación a los pastores de otras iglesias evangélicas, de distribución de revistas, de llevar a cabo seminarios, etc., es una parte importante de nuestra misión. Cuando se convencen de esa importancia —aunque estoy seguro de que siempre lo están— se le dará la debida atención al desarrollo de estos proyectos, y los recursos presupuestarios estarán disponibles. Siempre encontraremos maneras de concretar los proyectos y las ideas que consideramos importantes.

M: ¿Es posible conseguir la participación voluntaria de nuestras iglesias en este proyecto misionero?

Dr. S: Los miembros de nuestras iglesias pueden elevar oraciones en favor de los pastores de otras denominaciones cristianas. No me cabe duda de que Dios les responderá señalándoles maneras de ponerse en contacto con ellos. Muchos hermanos que poseen medios financieros pueden y deben ayudar a reunir los fondos que se necesitan para llevar a cabo un proyecto de esta naturaleza.

M: ¿Qué otras informaciones le gustaría compartir con los lectores de Ministerio con respecto al proyecto Preach, los seminarios de

crecimiento profesional y la Fundación Spangler?

Dr. S: Bien, creo que ya mencionamos lo esencial respecto de la dinámica de estos proyectos, sus objetivos y los resultados alcanzados hasta este momento. Pero quiero recordar que el Señor nos dio un mensaje maravilloso, repleto de esperanza para toda la gente, en todo lugar y en cualquier iglesia. Cuando nos ponemos en contacto con pastores de otras denominaciones, necesitamos estar verdaderamente interesados en ellos como personas a las cuales Dios ama profundamente. Cuando ellos comprenden que nosotros también los amamos, ciertamente estarán dispuestos a oírnos. El consejo de Elena de White es el siguiente: "Nuestros ministros deben hacer su obra especial y trabajar en favor de otros ministros. No deben entrar en polémica con ellos, sino, con la Biblia en la mano, insistir para que estudien la Palabra". Sólo de ese modo se convertirán en nuestros amigos, entenderán nuestras doctrinas y se desharán de los prejuicios que han alimentado hacia nuestra iglesia. ♦

No hay duda de que el mundo actual representa un gran desafío para el pastor. Con sus rápidos cambios de conceptos, su creciente secularización, se necesitan pastores sumamente capacitados, poderosos, con un mensaje importante y que satisfaga las necesidades de una sociedad que cada vez es más compleja.

Celebremos las diferencias

Ron y Karen Flowers

*Directores del Ministerio de la Familia
de la Asociación General.*

Las naciones, tribus, ciudades, aldeas, iglesias y familias han aprendido que la manera como nos relacionamos con nuestras diferencias determina la calidad de vida de la comunidad. Eso es especialmente cierto en la relación conyugal.

Según Carl Whitaker, famoso terapeuta especialista en temas familiares, un matrimonio saludable es, en verdad, una mezcla de culturas diferentes, aunque la pareja pertenezca al mismo grupo étnico y haya crecido en la misma calle.

Las naciones, tribus, ciudades, aldeas, iglesias y familias han aprendido que la manera como nos relacionamos con nuestras diferencias determina la calidad de vida de la comunidad. Eso es especialmente cierto en la relación conyugal.

Las diferencias personales surgieron con fuerza desde el mismo principio en nuestro matrimonio. Yo (Karen) admiraba la capacidad de Ron para organizar. No siempre me acordaba de su dificultad para comprender la facilidad con que yo perdía cosas como las llaves, los anteojos o hasta el lugar donde había estacionado el auto. También me impresionaba todo lo que ese hombre era capaz de hacer.

Yo (Ron) admiraba el cuidado que Karen dispensaba a su apariencia personal, ¡pero no tenía idea del tiempo que ella invertía cada día para verse tan linda! Apreciaba su creatividad y su constante interés por la información. Lo que no comprendía es que estábamos constantemente comprando más libros de los que podíamos leer y, peor todavía, revisábamos las notas que habíamos hecho pocos minutos antes de comenzar el desarrollo de un tema. Me atraía su desenvoltura, pero no sabía que ella era capaz de lla-

mar a la puerta cerrada de un pasado que yo quería olvidar y que realmente no había hecho planes de abrísela a nadie.

Podemos admitir de buen grado algunas diferencias. Pero las que hemos mencionado son la punta de un témpano de hielo de diversidades. De acuerdo con un estudio practicado, apenas el cinco por ciento de los matrimonios exhibe diferencias tan notables como las nuestras. Enfrentarlas y trabajar con ellas ha sido nuestro más importante desafío conyugal.

Los orígenes

John Gray, autor del libro *Los hombres son de Marte; las mujeres son de Venus*, describe acertadamente las diferencias que existen entre hombres y mujeres. Aunque no estemos seguros de que las características que destaca se pueden atribuir al factor sexo, los análisis practicados confirman la idea de que algunas diferencias parecen estar principalmente relacionadas con este aspecto. Un estudio que abarcó a varios grupos culturales reveló que los hombres toman decisiones sobre la base de análisis lógicos; en cambio las mujeres deciden de acuerdo con sus valores íntimos.

Muchas mujeres se preocupan por los efectos que una acción o una decisión puede tener sobre otras personas, mientras que los hombres se concentran en las razones objetivas sobre cuya base se deben tomar esas decisiones. Encuentran satisfac-

ción en un trabajo bien hecho; ellas, en cambio, se sienten satisfechas si lo que hacen satisface las necesidades de la gente que las rodea.

La comprensión de que existen diferencias de tipo sexual en el comportamiento de hombres y mujeres realza la importancia del diálogo entre esposo y esposa.

Pero también hay diferencias de temperamento. Se suele decir que los polos opuestos se atraen. Alguien muy introvertida se puede enamorar de un extrovertido, aunque a éste le intrigue la incómoda pasividad de la otra. Los dos pueden discrepar, por ejemplo, acerca de qué se puede hacer durante la noche. Mientras el introvertido encuentra refugio de un agitado día en la quietud del hogar, el extrovertido puede querer salir a cenar afuera.

Conocer el temperamento del cónyuge con frecuencia puede ayudar a los que difieren en este aspecto a tener una mayor comprensión mutua.

Otro aspecto es el antecedente familiar. Mi padre (el de Karen) era un fantástico cocinero. Muchas veces, mientras mamá se dedicaba a otras tareas, él estaba ocupado en la cocina manipulando los ingredientes de una receta. Yo (Ron) crecí en un hogar donde mamá atendía todas las tareas caseras, incluyendo las comidas, que ella sistemáticamente servía a las 6 de la mañana, a las 12 del medio día y a las 6 de la tarde. Mi padre se sentaba a la mesa a la hora exacta, y esperaba encontrar en ella sus platos favoritos. No es difícil imaginar lo que yo esperaba cuando nos casamos.

En nuestro primer día de hogar, después de la luna de miel, yo (Karen) estaba distraída con algunos proyectos. Cerca de mediodía Ron me recordó que el tiempo estaba pasando. Le agradecí por eso, pero no tenía idea de lo que estaba pasando por su mente. A eso de las 12:30 insistió: “¿No es ya la hora del al-

Los rasgos de la personalidad de un cónyuge frecuentemente complementan los del otro. Es grato verificar que Dios nos conduce juntos por las vías del crecimiento, en el ámbito del matrimonio, y que las caracte-

muerzo?” Sin imaginarme que eso podría causar algún problema, le respondí que necesitaba terminar lo que estaba haciendo, y que si él tenía apetito había bastante comida en la heladera.

Bien, yo (Ron) sobreviví y aprendí a cocinar, lo que me tomó bastante tiempo y energía. Para hacer frente a las nuevas realidades de una pareja se necesita desarrollar nuevos talentos y habilidades, incorporar nuevos hábitos, rutinas e intereses.

El desafío

Durante el período inicial del casamiento —que David Augsburg en su libro *Sustaining Love* (Sustentando el amor) dice que es el período de los sueños— la pareja tiende a negar sus diferencias y a intentar ignorarlas. Pero con el transcurso del tiempo esas diferencias comienzan a producir fricciones e irritación. No es raro que uno de los cónyuges trate de cambiar al otro en su esfuerzo por eliminar o reducir la incomodidad. Si no hay una forma de administrar esas diferencias, surgen discordias que pueden llegar a convertirse en conflictos. Entonces, de repente, la pareja se da cuenta de que el sueño le cedió su lugar a la desilusión.

Los conflictos no resueltos generalmente conducen al resentimiento, la amargura y la alienación. A veces uno de los cónyuges capitula frente al otro en aras de la paz. Somete su personalidad y su voluntad a la parte predominante. Muchos sencillamente se vuelven indiferentes a su cónyuge y deciden divorciarse. Otros buscan a alguien con quien sueñan ser más compatibles. La verdad es que, en menor o mayor grado, todo matrimonio que se basa en

ísticas de cada cual son instrumentos provistos por él para implicarnos en una gran obra que debemos hacer en su favor. Nuestro común amor a él nos ayuda a encarar las dificultades de tal manera que produzcan buenos frutos en nuestra relación.

sueños con el tiempo favorece la desilusión. Hay, sin embargo, un camino que pasa por la “desilusión”, pero que conduce al placer del descubrimiento, el crecimiento y la más profunda intimidad conyugal.

La aproximación cristiana

El corazón del problema reside en el hecho de que Cristo ya tuvo que ver con nuestras diferencias. El evangelio se refiere expresamente al abismo que separó a los seres humanos de Dios y a los unos de los otros. En Cristo, Dios reconcilió al mundo consigo mismo (2 Cor. 5:18). En Gálatas 3:18 y en Efesios 2:13 al 22, Pablo clasifica las diferencias que han dividido a la especie humana a través de los tiempos: religiosas, étnicas, culturales, tribales, nacionales, políticas, sociales y económicas, sin olvidarnos de las diferencias sexuales.

El apóstol podría haber incrementado la lista, incluyendo las diferencias que se manifiestan en el ámbito más íntimo de la familia: salud, hábitos, edad, educación, temperamento, estatura, apariencia, etc. Pero lo importante es que por me-

dio de Cristo Dios reconcilió a toda clase de personas, las unas con las otras.

El argumento de Pablo en Efesios 2:13 al 22 puede ampliarse para abarcar otras diferencias más allá de las que separaban a los judíos de los gentiles, para mencionar todas las divergencias que amenazan todo compañerismo y toda relación íntima. Es bueno notar que la construcción de la unidad es, por sobre todo, obra de Dios. Fuimos unidos a Cristo como consecuencia de un acto divino (1 Cor. 1:30). Fuimos reconciliados con él. La hostilidad que existía murió cuando él murió. Ése es el hecho espiritual objetivo sobre el cual el apóstol podía afirmar que ahora hay “uno” donde antes había “dos”. Ahora hay paz donde antes había hostilidad. En virtud de su cruz, desaparecieron las barreras que separaban a la gente (Gál. 3:28; Efe. 2:16). Pablo avanza inclusive cuando afirma que Cristo es nuestra paz.

Cómo tratar las diferencias

Whitaker describe la manera de administrar las diferencias durante el diario vivir. “La capacidad de tratar las diferencias es un proceso que estabiliza y acentúa mucho la calidad del matrimonio. Cuando las diferencias se consideran como algo inherente o que se debe eliminar, producen separación, provocan reacciones defensivas y causan desavenencias. Pero cuando se las considera oportunidades de crecimiento, se vuelven valiosas. Nuestras diferencias nos ayudan a desarrollarnos personalmente. La capacidad de ensamblarnos realmente, en un proceso bilateral de complementación mutua, es central para que haya una relación dinámica en vez de estática. Cuando los cónyuges consiguen ser uno, ambos se enriquecen. El camino para llegar al punto de emplear productivamente las diferencias va del conocimiento

a la aceptación, al respeto, al contentamiento y, finalmente, a la administración adecuada de las diferencias” (*Dancing with the Family: A Symbolic Experiential Approach*, [Bailar con la familia: un enfoque simbólico y experimental]), p. 204.

Las diferencias existen. Aunque a muchos de nosotros nos gustaría hacer al resto del mundo a nuestra imagen, el enfoque más natural para lograr relaciones saludables comprenderá la aceptación de las diferencias.

Es importante recordar que las diferencias acerca de las cuales estamos hablando se hallan dentro de una franja normal de una población determinada. Las actitudes y conductas que amenazan la salud y el bienestar de los miembros de la familia, como unidad, se encuentran fuera de esa franja y requieren asistencia especializada.

Derechos que se deben respetar

La comprensión y la aceptación deben producir respeto. Las diferencias proporcionan oportunidades de crecimiento. Con las palabras de Pablo: “No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (Fil. 2:4).

Algunas veces seremos capaces de omitir las diferencias. En otras ocasiones, hablar mucho acerca de nuestras preocupaciones bastará para conseguir los cambios necesarios. Pero habrá momentos cuando los dolores serán profundos, y el único bálsamo para ello será el perdón. Entonces nos podremos ale-

grar con la buena noticia de que Dios nos perdona más allá de todo cómputo, y el evangelio nos insta a ofrecer el mismo don a nuestro cónyuge.

Perdonar también es doloroso, costoso y difícil. Las cicatrices quedan. Los recuerdos pueden acudir de vez en cuando, hiriéndonos de nuevo, pero con la fuerza del amor de Dios y nuestro compromiso conyugal, podemos seguir avanzando.

La complementación

Los rasgos de la personalidad de un cónyuge frecuentemente complementan los del otro. Es grato verificar que Dios nos conduce juntos por las vías del crecimiento, en el ámbito del matrimonio, y que las características de cada cual son instrumentos provistos por él para implicarnos en una gran obra que debemos hacer en su favor. Nuestro común amor a él nos ayuda a encarar las dificultades de tal manera que produzcan buenos frutos en nuestra relación.

El amor y el valor que él nos concede ajustan los lentes por medio de los cuales nos vemos mutuamente. Cuando nos abrimos a lo que Whitaker denomina “compenetración mutua”, las diferencias pueden ampliar nuestro aprecio por un espectro de trazos e intereses que se extienden más allá de nuestra estrecha esfera. Por medio de una vida de unidad, con la fuerza y el crecimiento que produce el Espíritu Santo, podemos afirmar: “Un día te escogí entre mucha gente. Y lo volvería a hacer hoy”. ♦

Los conflictos no resueltos generalmente conducen al resentimiento, la amargura y la alienación. A veces uno de los cónyuges capitula frente al otro en aras de la paz. Somete su personalidad y su voluntad a la parte predominante. Muchos sencillamente se vuelven indiferentes a su cónyuge y deciden divorciarse.

Apacienta el rebaño

Chor-Kiat Sim

Doctor en Ministerio. Capellán del Hospital Adventista de Washington, Takoma Park, Estados Unidos.

Sin una profunda experiencia espiritual con Dios ningún pastor puede hacer visitas significativas. La preparación espiritual previa a la visita es importante. Sin comunión con el Señor la visita puede ser sólo un acontecimiento social. La interacción mutua entre pastores y miembros despierta el deseo de conocerse mejor. También acentúa el deseo de conocer a Dios y conocerse ellos mismos.

Cansado, después de una entrevista muy intensa con una paciente, me detuve unos minutos para descansar en una de las salas del hospital. Mientras me preparaba para otra entrevista, me llamó la atención una señora de unos cincuenta años. Su animada sonrisa y su contacto visual me invitaban a presentarme como un miembro del equipo de capellanes de esa institución de salud.

—Trabajé en una iglesia como tesorera —me dijo—. Ocupé ese cargo por más de quince años. Durante ese tiempo tuvimos cuatro pastores.

—¿Quién es el pastor actualmente? —le pregunté. Quedó en silencio por unos momentos, y entonces me hizo la siguiente confidencia:

—Acaba de regresar después de una ausencia de un año, para recuperarse de una depresión.

Le expresé mi preocupación por el bienestar del pastor, y le hice una nueva pregunta:

—¿Qué le parece a usted que contribuye más al éxito de un pastor?

—¡Las visitas a los miembros! —me respondió sin vacilar.

Sorprendido, le aseguré que yo también estaba muy interesado en las visitas pastorales, y añadí:

—Inclusive estoy participando de un curso de entrenamiento para

pastores, con la mira de llevar a cabo mejores visitas.

—¿Qué métodos se emplean en la enseñanza o planificación de visitas pastorales verdaderamente productivas? —preguntó ella.

Le respondí de la siguiente manera:

—Quien está a cargo de la misión pastoral hace innumerables visitas, incluyendo la atención de las familias que perdieron a seres queridos. En los últimos años visité cerca de mil pacientes y miembros de iglesia. Normalmente escucho lo que me quieren decir, oro y leo la Biblia con ellos. Después repaso cada visita y las evalúo para asegurarme de que fui cuidadoso. Estoy bajo la constante supervisión de pastores de experiencia, y yo también superviso a otros. Las visitas pastorales producen miles de oportunidades para servir realmente, y atraen muchas bendiciones.

Ese encuentro despertó más mi mente, y deseo continuar analizando la importancia de las visitas pastorales.

Beneficios

Crecimiento espiritual. Sin una profunda experiencia espiritual con Dios ningún pastor puede hacer visitas significativas. La preparación espiritual previa a la visita es importante. Sin comunión con el Señor la visita puede ser sólo un acontecimiento social. La interacción mutua entre pastores y miembros despierta el deseo de conocer-

se mejor. También acentúa el deseo de conocer a Dios y conocerse ellos mismos.

Hace algunos años, cuando yo era pastor de una iglesia, visitaba a menudo a un ex miembro. Nos recogíamos estudiando la Biblia. Ese señor de 81 años expresaba con suma sinceridad su renovado deseo de comunión con Dios. "Quiero ser rebautizado", decía. ¡Qué notable transformación de la desavenencia a la nueva creación! (2 Cor. 5:17.)

Relaciones mutuas. Las visitas pastorales consolidan la relación del pastor con los miembros. Puesto que la relación es vital en el ministerio cristiano, las visitas pastorales contribuyen a que los miembros conozcan más de cerca al pastor que, a su vez, puede animar a los hermanos. En la primera iglesia que me tocó ser pastor los miembros vivían una experiencia de amistad muy íntima. Como resultado de sus frecuentes contactos y de mis visitas, la iglesia, que en verdad era un grupo pequeño, se volvió muy fraternal. Las visitas estimulan la unidad y son la clave pa-

Las visitas pastorales consolidan la relación del pastor con los miembros. Puesto que la relación es vital en el ministerio cristiano, las visitas pastorales contribuyen a que los miembros conozcan más de cerca al pastor que, a su vez, puede animar a los hermanos.

ra darle calor humano a la congregación. La sinceridad y la diligencia del pastor para hacer visitas efectivas ciertamente producen resultados compensadores.

Predicación. Las visitas pastorales le dan ideas al pastor extraídas de las experiencias de los miembros, que le sirven de temas para sus mensajes. Entonces la predicación será más importante. En una presentación acerca del bautismo, empleé la experiencia de un nuevo matrimonio que acababa de recibir un bebé. Describí la forma como recibieron los padres a su hijito, cuán felices estaban y cómo siguieron cuidando de él. De esa manera animé a los feligreses a cuidar a los nuevos miembros con el mismo desvelo con que los padres cuidan a sus bebés.

Nutrición. Las visitas pastorales forman parte del ministerio de la iglesia. En las palabras de despedida que le dirigió a Pedro, Jesús lo instó a apacentar su rebaño (Juan 21:15-19). Para alimentar al pueblo es necesario que el pastor viva junto al pueblo. Cada día su mente recibe el bombardeo de muchas ideas. Es crucial alimentar a la iglesia por medio de la obra pastoral, y eso incluye curación, sustento y dirección.¹

Es esencial darle prioridad al

cuidado de los miembros de la iglesia, en especial en estos días cuando muchos de ellos padecen de estrés y reciben heridas. Esta obra requiere un creciente entrenamiento en cuidado y educación pastorales, tanto en los seminarios convencionales como en los cursos de Educación Constante.²

Mayordomía. Las visitas pastorales son la clave para comunicar la importancia de la mayordomía cristiana. En ocasión del colapso financiero de Wall Street, en octubre de 1989, un miembro de iglesia, de muchos años, perdió mucho dinero. El impacto de ese perjuicio fue tan grande que sufrió un derrame cerebral. Sin embargo, cuando lo visité estaba muy contento. Oramos y le di los emblemas de la Santa Cena. El sábado siguiente su esposa dio una ofrenda extraordinaria. No existe mejor motivación para dar que cuando el pastor le proporciona al miembro un cuidado pastoral efectivo por medio de la predicación y las visitas pastorales.

Crecimiento personal. Cuando el pastor visita a los hermanos, con frecuencia se da cuenta de sus propias limitaciones. Cierta vez un profesor de un seminario teológico me hizo la siguiente confidencia: "La mayor parte de los seminaristas no alcanzan a comprender las tinieblas y las necesidades de su propia vida interior. No se conocen a sí mismos. No están seguros de su identidad personal y profesional". Los ministros se deben descubrir a sí mismos preguntándose: "¿Quién soy yo y

Elena de White escribió: "A ustedes les corresponde educarse y ejercitarse a sí mismos en la tarea de visitar a todas las familias que

qué es un pastor?" El pastor puede hallar la respuesta a estas preguntas al visitar a la gente.

Mi propia falta de conocimiento de mí mismo se aclaró cuando visité a José, un joven estudiante condenado injustamente a quince años de cárcel como consecuencia de su participación en un accidente automovilístico. A pesar de la injusticia, creció espiritualmente en la prisión. Nos dimos ánimo mutuamente. Le decía que yo mismo me había considerado muchas veces objeto de injusticias. Pero, al reflexionar más, me di cuenta de que estaba exagerando mi problema. Si me hubiera concentrado más en él y sus preocupaciones, lo podría haber ayudado más.

Elena de White escribió: "A ustedes les corresponde educarse y ejercitarse a sí mismos en la tarea de visitar a todas las familias que les sea posible alcanzar. Los resultados de esa tarea darán testimonio de que esta obra es la más provechosa que puede llevar a cabo un ministro".³

Pocas visitas

¿Por qué los pastores hacen comparativamente pocas visitas? Muchos seminarios les enseñan a sus estudiantes cómo predicar, cómo hacer exégesis y cómo administrar iglesias. Todo eso es muy importante. Pero no deberíamos reducir u omitir el entrenamiento relativo a oír, aconsejar y visitar. Posiblemente es verdad que algunos de nosotros nos sentimos tentados a ser negligentes y descuidados en lo que se refiere a las visitas pastorales, porque esa tarea requiere paciencia, compasión genuina y diligencia. Pero uno de los más grandes pastores de este siglo dice lo siguiente: "Muchas veces un pastor

les sea posible alcanzar. Los resultados de esa tarea darán testimonio de que esta obra es la más provechosa que puede llevar a cabo un ministro."

no llega a ser un verdadero cristiano hasta que esté dedicado al cuidado pastoral".⁴

Es posible que algunos pastores no visiten más porque no trazan planes definidos para ello. Reservar algunas horas y la energía necesaria para visitar requiere planificación. Tal vez no visitemos porque tememos revelar demasiado acerca de nosotros mismos: porque durante las visitas también nos volvemos vulnerables. ¿O podría ser simplemente falta de amor a Dios y a nuestros semejantes? El conocimiento del Señor trae nuevos desafíos y nuevas responsabilidades; el conocimiento de sí mismo conduce al arrepentimiento genuino y a la conversión diaria.

Algunos pastores aparentemente se sienten satisfechos con una relación superficial con su rebaño. Cuando pierden de vista la profundidad de la comprensión de Dios y de sí mismos, la relación con los demás se vuelve distante y se desarrolla en un nivel inferior. A eso le sigue la inseguridad en la predicación. De este modo muchas congregaciones han resultado heridas porque los miembros esperaban un cuidado pastoral que nunca recibieron.

Como pastores, necesitamos el toque de pasajes como los que encontramos en el Salmo 23 y en Juan 10. Alguien que se refería al pastorado lanzó el siguiente desafío:

"¿Estoy yo sentado sobre el pedestal de mi propio orgullo, y observo con desprecio a mis semejantes? ¿O desciendo y me identifico con ellos en sus dilemas, y les extiendo una pequeña medida de la bondad y la gracia que recibí del Maestro?"⁵

En verdad, las visitas pastorales no son una opción de trabajo; forman parte del estilo de vida del pastor. ♦

Referencias

¹ Steward Hiltner, *Preface to Pastoral Theology* [Un prefacio para la teología pastoral] (Nueva York, Abingdon Press), 1958, p. 28.

² *Ibid.*, p. 32.

³ Elena de White, *El evangelismo*, p. 440.

⁴ Dietrich Bonhoeffer, *Spiritual Care* [Cuidado espiritual] (Filadelfia, Fortress Press, 1985), p. 45.

⁵ Philip Keller, *Inspirational Writings* [Escritos inspiradores] (Nueva York, Inspirational Press, 1993), p. 115.

La dimensión pastoral de la predicación

José Carlos Ramos

Doctor en Ministerio. Coordinador de posgrado del Seminario Adventista Latinoamericano de Teología (SALT).

El título de este artículo abarca dos componentes fundamentales del ministerio que estableció Jesús mediante su ejemplo y su mandato. El primero es el pastor. ¿Puede existir un ministerio pastoral sin un pastor? Por supuesto que no. El segundo componente es la predicación. ¿Puede alguien ser pastor si no predica? También entendemos que esto es imposible.

Calvino solía decir: "Eliminad la Palabra, y la fe desaparecerá". Sin duda el gran reformador se refería a la Palabra de Dios, el fundamento de la fe. Casi siempre, sin embargo, la Palabra de Dios necesita de la palabra de los hombres, puesto que la Biblia fue escrita en lenguaje humano y, como consecuencia de ello, se la comunica de esa forma. Sin la Palabra divina la fe no tiene origen; sin la palabra humana no existe. "¿Cómo, pues, invocarán a aquél en el cual no han creído? ¿Y cómo creerán en aquél de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quién les

predique?... Así que la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Rom. 10:14, 17).

Por medio de la palabra una mente afecta otras mentes. El predicador dirigido por Dios, lleno de fe y saturado del mensaje que recibió de él, infundirá fe en los oyentes. La predicación, por lo tanto, es esencial para el ministerio pastoral. La fórmula predicador-pastor es apropiada, porque no todos los predicadores son pastores. Pero la fórmula pastor-predicador es una redundancia, porque sencillamente no tiene sentido que alguien pretenda ser pastor sin ser predicador. Si bien es cierto que no todos los predicadores son pastores, con mayor razón todos los pastores deben ser predicadores. El pastor que dice que está haciendo lo posible para llevar a cabo todas las tareas del ministerio, y que sólo predica cuando le sobra tiempo, es cualquier cosa menos pastor. Por supuesto, la tarea del pastor no se limita a predicar. Se espera que lleve a cabo otras actividades. Pero todas ellas tendrán que contribuir para el fortalecimiento de la predicación.

Un pastor puede ser un buen administrador, un buen consejero, bueno para las relaciones públicas, un buen coordinador de los servicios de la congregación, inclusive puede ser un buen conocedor de la teología. Pero si sus sermones son magros y áridos, y no comunican ni salvación ni vida, no está cumpliendo su misión. Una buena labor pas-

toral requiere una predicación eficaz.

El pastor y la Palabra

El Evangelio de Juan afirma que Jesús es a la vez Pastor y Palabra (Juan 1:1, 14; 10:11, 14). No es un pastor, sino El Pastor. El buen Pastor. No sólo un sonido, una voz, una palabra, sino La Palabra. En él se encarnan la tarea pastoral y la predicación en perfecta armonía. El profeta dice que "como pastor apacentará su rebaño" (Isa. 40:11); también se dice que predicaba con poder el mensaje del Reino y la vida eterna, y las multitudes lo seguían. Jesucristo comenzó su ministerio predicando en las sinagogas "en toda Galilea" (Mar. 1:39), y siguió predicando hasta el fin. Jamás hubo un pastor como él, jamás hubo un predicador como él. "Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre", fue el testimonio de los guardias enviados a prenderlo, y que no lo hicieron porque quedaron extasiados al escuchar su palabra (Juan 7:46).

Para los discípulos Jesús era el profeta por excelencia, "poderoso en obras y en palabras" (Luc. 24:19). Sus enemigos no tenían argumentos para responder a sus razones, y entonces se pusieron a trazar planes con el fin de quitarle la vida. La gente lo oía de buena gana, y quedaba impresionada, encantada, transportada y subyugada por él (Mar. 12:37; Luc. 19:48). Hasta se olvidaban de sus necesidades más ele-

mentales, como por ejemplo comer y beber. La multitud que Jesús alimentó en la segunda oportunidad había estado con él durante tres días (Mat. 15:32).

Podemos afirmar que Jesús es el modelo perfecto de pastor y, por consiguiente, de predicador. Es justo, entonces, que intentemos saber por qué obtuvo éxito en la predicación, y que tratemos de imitarlo.

Unción y dedicación

Ante todo, Jesús fue ungido por el Espíritu. La unción de lo alto es condición *sine qua non* para que la obra pastoral se lleve a cabo realmente. Cuando Dios llama a hombres al ministerio, lo hace para que sean más que meros profesionales de la Biblia. Si hemos de ser instrumentos de salvación, es imperativo que busquemos cada día el poder divino. El pastor no programa bien sus actividades diarias si deja afuera el estudio de la Palabra y la oración. Si no tenemos tiempo para Dios, él no tendrá tiempo para nosotros. Cuando predicamos, los oyentes deben darse cuenta de que antes de comunicarnos con ellos hemos estado en comunicación con Dios y seguimos unidos a él.

Este secreto se llama constante comunión con Dios. Si queremos que con nuestra predicación los oyentes sientan la atmósfera celestial, nosotros mismos tenemos que estar inmersos en ella. Difícilmente una congregación va más allá del punto que alcanzó el pastor.

También podemos ver que fue plena la dedicación de Jesús a la obra pastoral. Todo su tiempo y sus intereses estaban volcados al ministerio. Eso se reflejaba en su estilo de vida, en la forma como oraba y meditaba, y cómo se conducía con la gente y cómo les hablaba. El ideal es que eso mismo ocurra con nosotros. Sabemos que ciertas circunstancias impulsan a algunos de nuestros colegas a llevar a cabo actividades pa-

ralelas, y que por eso mismo no ejercen una tarea pastoral integral. Pablo, a veces, hacía tiendas mientras llevaba a cabo las tareas ministeriales. Pero eso no menoscababa su relación con Dios. Sin duda el hecho de dedicar parte de su tiempo a una actividad secular tiene que haberle exigido un esfuerzo mayor para que no bajara la calidad de su ministerio.

Del mismo modo, no podemos permitir que ninguna circunstancia, ya sea del ministerio o de fuera de él, interrumpa nuestra comunión con el Cielo si queremos conservar la calidad de nuestra predicación. La iglesia necesita sentir eso cuando estamos detrás del púlpito.

Autoridad

Las enseñanzas de Jesús eran superiores a las de los escribas y fariseos porque él hablaba con autoridad (Mat. 7:29). Pero, ¿de dónde provenía esa autoridad?

Tal vez sería mejor averiguar primero de dónde no provenía. No era consecuencia de su posición social, porque Cristo no se destacaba socialmente. Se sabía que era de Galilea, una región despreciada por los dirigentes judíos, y de Nazaret, ciudad poco recomendable en esos días. Era un humilde carpintero hijo de otro carpintero.

Tampoco era consecuencia de sus grados académicos, porque Cristo no pasó por las escuelas de los rabinos. Por lo demás, esa circunstancia suscitaba la admiración de sus oyentes: “¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado?” (Juan 7:15). Tampoco provenía de su naturaleza divina. Es cierto, era el Hijo de Dios en la Tierra, pero había asumido naturaleza humana, siendo en todo semejante a nosotros, pero sin pecado (Heb. 2:17; 4:15).

Por lo tanto, su autoridad no era consecuencia del hecho de que era Dios en carne humana; no se trataba de que Dios estuviera actuando co-

mo pastor y predicador, pues si así hubiera sido, no podría ser nuestro Modelo.

Hablaba con autoridad no porque su predicación fuera rígida y severa; en ese caso las multitudes no lo habrían oído de buena gana. Autoridad no es sinónimo de austeridad.

¿Cuándo habla alguien con autoridad, a no ser que domine cabalmente el tema que está presentando? Jesús estaba seguro de lo que estaba diciendo porque sabía lo que estaba diciendo (Juan 3:11). Y, ¿por qué lo sabía? Si asumió la naturaleza humana para ser igual a nosotros, entonces, como cualquiera de nosotros, tenía que estudiar las Escrituras. Y eso con mucha oración y reflexión para llegar a las conclusiones a las que llegó.

Jesús no predicaba sólo teorías. No dejaba en la duda a sus oyentes. Su mensaje era definitivamente sólido, consistente, vigoroso, robusto, claro, incontestable, porque provenía de la Palabra de Dios, y estaba edificado sobre el fundamento de granito de la verdad.

Un ejemplo vivo

Más que conocer la Biblia, Cristo la vivía. Y eso es fundamental, pues como lo recuerda C. B. Haynes: “El cristianismo es más que un mensaje que se debe comunicar, más que una verdad que se debe enseñar, más que un conjunto de doctrinas que se debe exponer: es una vida que se debe vivir y compartir”.

En este aspecto Jesús es el ejemplo máximo. Hablaba con autoridad porque conocía su mensaje y lo vivía. Su enseñanza era la exposición de su vida. Y su vida la exposición de su enseñanza. Enseñaba la verdad y era la verdad. Iluminaba y era la luz. Señalaba el camino y era el camino. Los oyentes aprendían acerca de la vida verdadera. Y él era esa vida.

El Sermón del Monte, por ejemplo, refleja la vida del mismo Cristo. El que dijo: “Amad a vuestros ene-

migos y orad por ellos” fue quien más amó y más oró por sus enemigos. El que dijo: “Si alguien te hiere en la mejilla derecha ofrécele también la izquierda”, fue quien más se resignó ante los malos tratos.

Por eso Jesús predicó como nadie lo había hecho todavía. Cuando exhortaba, reprendía y anunciaba las verdades del reino, la indiferencia desaparecía. Su palabra hería la raíz de las maquinaciones de los hipócritas, y se oponía de forma contundente a las artimañas de sus enemigos declarados. Sacudía la conciencia de los indiferentes, y al mismo tiempo le infundía esperanza y fe al corazón oprimido. Los que aceptaron su palabra sintieron la emoción de una vida nueva. Lo que dijeron las multitudes delirantes acerca de los actos de Jesús también es cierto en cuanto a su predicación: “Nunca se ha visto cosa semejante en Israel” (Mat. 9:33).

Aquí tenemos, en términos generales, una breve pincelada de Cristo como pastor. ¿Puede haber alguien que nos estimule más para llevar a cabo la grandiosa obra de la predicación? Tal vez quedemos lejos de las alturas que él logró, pero sigue siendo el gran ideal que debemos tratar de alcanzar.

Cosas que podemos imitar

Creemos que en este momento es oportuna una breve consideración de siete puntos esenciales que aparecen en este admirable retrato de Jesús, el predicador.

Cristo preparaba sus presentaciones. Se nota en la forma como predicaba, con ideas y pensamientos bien coordinados, que fluían naturalmente en su debido orden. Sus ideas eran propias. Sus ilustraciones —las parábolas, por ejemplo— denotaban prolongada observación y mucha reflexión. No improvisaba ni siquiera frente a “imprevistos”, como ser las interrupciones de sus adversarios. Siempre estaba listo para responder.

Conservaba el necesario equili-

Cristo no era áspero al hablar. No usaba la predicación como un látigo para azotar. Sus palabras de reprensión y de condenación —como en los casos de las dos purificaciones del santuario y los “ayes” ante la hipocresía de los fariseos— las profesaba con amor y pesar. Con frecuencia, en esas circunstancias, sus ojos estaban anegados en lágrimas.

brío en su oratoria. Sus predicaciones no eran bombásticas, aparatosas, extravagantes, alarmistas. La profecía había anunciado que Cristo “no gritará, ni alzará su voz” (Isa. 42:2).

Gritar no es predicar. A veces se hace mucho ruido para compensar un contenido inocuo y vacío de mensaje. Cristo era un predicador ardiente que evitaba los extremos sin sentido. Su ejemplo nos dice con claridad que la predicación bíblica es más que verborragia, e inclusive más que retórica y elocuencia, aunque pueda valerle de esos recursos.

Valoraba el auditorio de una sola persona. Un ser humano valía tanto para Cristo como las numerosas personas de las grandes multitudes. Basta analizar sus conversaciones con Nicodemo y la mujer samaritana para verificar que él predicaba en privado con el mismo esmero y fervor por la salvación de una sola persona como lo hacía en público para los miles que lo escuchaban.

Era un profundo conocedor de las Escrituras. Les dijo a los dirigentes espirituales de su tiempo: “Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios” (Mat. 22:29). En otras palabras, el poder divino está enraizado en las Escrituras, y su desconocimiento acarrea fracaso espiritual.

Las circunstancias que marcaban su ministerio cumplían las profecías, y él se daba cuenta de ello. Después de su resurrección le abrió el entendimiento a dos de sus discípulos en el camino a Emaús, refiriéndose a lo que estaba escrito acerca de él “en todas las Escrituras” (Luc. 24:27). Y el testimonio de esos discípulos fue éste: “¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?” (vers. 32).

crecía de los fariseos— las profesaba con amor y pesar. Con frecuencia, en esas circunstancias, sus ojos estaban anegados en lágrimas.

Varias de las interrupciones de sus opositores mientras Jesús predicaba —la mayor parte de las cuales eran preguntas capciosas, que tenían la intención de crearle dificultades— fueron respondidas con citas bíblicas precedidas de la expresión: “Está escrito”, o con la pregunta: “¿Nunca leísteis?” O con una invitación a recurrir a las Escrituras: “¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?” (Luc. 10:26). Sus opositores quedaban mudos, así como Satanás se sintió impotente cuando lo acosó con tentaciones y él lo enfrentó con un “Escrito está”.

Si el predicador realmente desea predicar con poder, necesita conocer las Escrituras. Debe estudiarlas continuamente, metódica, diligente y fielmente, cada día, con mucha oración, buscando la iluminación divina para lograr una comprensión correcta. Se nos dice que Lutero a veces dedicaba un día entero a meditar en una sola palabra de la Biblia. Erasmo llegó a decir: “Estoy plenamente resuelto a morir estudiando las Escrituras; en ellas están mi alegría y mi paz”. El gran predicador Dwight L. Moody se levantaba todos los días a las cuatro de la mañana para estudiar la Biblia por lo menos dos horas. Les dejó a los predicadores la siguiente declaración: “Aférrense a la Biblia entera, no sólo a una parte de ella. Nadie puede hacer mucho con sólo un pedazo de espada”.

Además de conocer las Escrituras,

el pastor necesita saber exponerlas y aplicarlas a las necesidades de sus oyentes. La exposición sin aplicación, o viceversa, tiene poco valor. El gran expositor Andrew W. Blackwood afirmaba: "Con demasiada frecuencia los ministros de hoy predicán la Biblia y la enseñan... sin mucha relación con las necesidades de los presentes, y se refieren a sus necesidades sin relación con la Biblia".

Si el predicador posee un conocimiento básico de los idiomas originales de la Biblia será mucho mejor, por cierto. Podrá procesar mejor, por ejemplo, la exégesis de un texto, y descubrir en él un significado más profundo y original, lo que le dará vida a su sermón. Recordemos que el sentido trascendental de un pasaje yace debajo de la superficie. Pero, ¡cuidado! No le vamos a predicar ni griego ni hebreo a nuestro auditorio. La exégesis no es para ser predicada. Por sí sola es indigesta y árida para los oyentes. El proceso exegético lo llevará a cabo el predicador en su lugar de estudio, y añadirá al sermón lo que descubra para enriquecerlo.

Por medio de la exégesis el predicador hace un viaje al pasado, "aterriza" en el tiempo y en el ambiente del pasaje en consideración, para descubrir de ese modo por qué fue escrito así, y qué significado le atribuyeron sus destinatarios originales. Su visión bíblica se amplía, y entonces "regresa" a su tiempo y a su ambiente, para hacer lo que en homilética se llama "aplicación contemporánea", es decir, una aplicación apropiada para el auditorio que está recibiendo el sermón.

Con esto el predicador logrará que el pasaje le hable a los oyentes en su propio contexto y con renovado poder, como si hubiera sido escrito para ellos. De este modo, el sermón conseguirá un ropaje divino, con dos dimensiones distintas: *vertical*, de Dios para el predicador con el fin de darle el mensaje, y *horizontal*, del predicador hacia la congregación,

con el propósito de comunicar el mensaje de Dios. El predicador encarna la Palabra, y así Dios le habla a la congregación. Por eso es correcto decir que todo verdadero sermón es una proclamación profética. Predicar es lograr que Jesús acontezca.

No pastoreaba jirafas, sino ovejas y corderos. Es decir, se refería a cosas profundas con tanta sencillez que hasta los indoctos podían entender. No desperdiciaba sus mensajes arrojándolos a las alturas. Su blanco era certero: el corazón. A Pedro le dijo: "Apacienta mis ovejas... apacienta mis corderos" (Juan 21:15-17), y no "mis jirafas". Cuánta predicación se pierde en la maraña de un lenguaje ampuloso, un vocabulario rebuscado, la jerga profesional, con frases sin sentido para la mayor parte de los oyentes.

Dicen que un erudito, que viajaba por una zona rural, llegó a la orilla de un lago, y como necesitaba pasar a la otra orilla, le preguntó al barquero cuánto le cobraría por sus servicios.

—Bípido implume —le dijo—: ¿cuánto requieres en valor pecuniario para trasladarme de esta margen a esa otra ribera?

—¿Señó? —preguntó el barquero.

—Te estoy apostrofando para tener una noción de lo que insumiría el uso de tu esquife —insistió el erudito.

—¿Qué?

Irritado y frustrado, el pedante le lanzó la siguiente andanada al humilde barquero:

—Si fuera por falta de erudición, me animaría a darte mi absolución. Pero si menosprecias mi sabiduría, te voy a propinar una ristra de bastonazos que te van a convertir en inermecadáver; vas a quedar más hundido que el suelo.

—Señó dotor —respondió el barquero— usted tiene que entender que esta barca es mi medio de vida. Si usted sube solito, capaz que lo puedo llevar p' al otro lao. Pero si sube con

todas esas palabrotas, los dos nos vamos a ir p' al fondo, con barca y todo.

Si los miembros de la iglesia no entienden un sermón, no es porque les falta inteligencia. Al que le falta inteligencia es al predicador que no predica de manera comprensible. Cierta creyente iba a la iglesia con la Biblia, el himnario y un diccionario, porque sólo consultándolo podía entender las palabras del predicador. Recordemos, sin embargo, que sencillez no es sinónimo de vulgaridad o superficialidad tampoco. Escudriñemos para descubrir las verdades de la Biblia. Pero una vez que las hemos extraído, expongámoslas en términos sencillos, claros y directos.

Conocía las necesidades de sus oyentes. Sabía exactamente qué decir y cómo decirlo. Jamás presentó una verdad de manera áspera o fría. Su objetivo era restaurar; no destruir. De él se dijo: "La caña cascada no quebrará, y el pábilo que humea no apagará" (Mat. 12:20).

Cristo no era áspero al hablar. No usaba la predicación como un látigo para azotar. Sus palabras de reprensión y de condenación —como en los casos de las dos purificaciones del santuario y los "ayes" ante la hipocresía de los fariseos— las profería con amor y pesar. Con frecuencia, en esas circunstancias, sus ojos estaban anegados en lágrimas.

Alguien dijo que "el púlpito no es un trono: no 'domina' a la gente. Tampoco es un tribunal: no condena. Tampoco es una tienda: no compra ni vende. Tampoco es el escenario de un teatro: no se exhibe. Es, en cambio, la mesa de Dios para los corazones hambrientos, el bálsamo para los corazones heridos, el apoyo para quien lleva cargas y aflicciones. El más elevado servicio del ministerio, solicitado por el Gran Pastor, es 'apacienta mis ovejas'".

Por eso, el pastor será amable con los que lo oyen. Más aún: debe conocerlos para poder ayudarlos, predicándoles el mensaje que necesitan

oír, con aplicaciones apropiadas a sus necesidades generales y específicas. El calendario del púlpito ayudará al pastor a ofrecer a su congregación un alimento espiritual equilibrado, pues así superará la tendencia a predicar sólo sus temas favoritos en detrimento de otros que son importantes y necesarios. Esa tendencia produce anemia espiritual seguida de muerte. Y cuando una iglesia muere espiritualmente, la única solución posible es la resurrección del pastor.

Por lo tanto, el secreto consiste en conocer la iglesia. Y ese conocimiento se obtiene como consecuencia de la relación personal del pastor con los miembros, que se lleva a cabo principalmente mediante las visitas pastorales. El pastor que se confina en su escritorio logrará que él y la iglesia vivan en dos mundos distintos y distantes. Será un pastor extraño, que le predica a una iglesia indigente y con poca perspectiva de ayuda.

El pastor que se relaciona con la gente, que visita a los miembros para escucharlos y orar por ellos, se identifica con sus tragedias y necesidades. Podrá ayudarlos individualmente mediante sus consejos, y colectivamente mediante la predicación. A esto lo podríamos llamar "terapia de púlpito". Como lo dice Ilion T. Jones: "El sermón semanal es una forma especializada de aconsejamiento pastoral, un método para aplicar una terapia de grupo".

Predicaba la Palabra de Dios; no la de los hombres. Éste es el punto más importante. Jesús hizo de la Biblia el fundamento de su pastorado. Sus mensajes desarrollaban el sentido del Antiguo Testamento, y le comunicaba una nueva frescura y un nuevo aspecto a temas ya conocidos. Predicó exclusivamente la Palabra de Dios, y no las ideas de los rabinos de su tiempo, porque estaba literalmente poseído por la Palabra.

Por eso, al predicador se lo insta a

predicar el mensaje de la Biblia, y sólo el de la Biblia. "Que prediques la Palabra" es la exhortación de Pablo a Timoteo (2 Tim. 4:2). Antes de eso, le recomendó que se aplicara "a la lectura" e intentara presentarse delante de Dios aprobado, "como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la Palabra de verdad" (1 Tim. 4:13; 2 Tim. 2:15). Pero el predicador no será un mero biblista, sino que estará familiarizado con la Biblia: la conocerá bien, y se dejará saturar por ella.

Como dice el Dr. Floyd Bresee: "Un discurso se convierte en sermón cuando emana de las Escrituras. La verdadera predicación es la Palabra acerca del hombre, y no la palabra del hombre acerca de Dios".

¡Tengamos cuidado con la interpretación de la Biblia! Hay que respetar los principios hermenéuticos si no queremos llegar a conclusiones absurdas y fantasiosas. Al predicar basado en la Biblia, Cristo sólo predicó la verdad. Y el predicador necesita hacer lo mismo. Tengamos cuidado de no imponerle a la Biblia nuestro propio pensamiento, o conceptos populares que no tienen nada que ver con lo que Dios dijo. Jesús condenó a los dirigentes religiosos de sus días porque predicaban ideas humanas en lugar de verdades divinas. "Bien invalidáis —les dijo— el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición... enseñando como doctrinas mandamientos de hombres" (Mar. 7:9, 7).

Tenemos que ser fieles a la tarea de predicar que el Señor nos confió. Cada vez que nos dispongamos a hacerlo, debemos recordar que nuestra congregación tiene derecho a recibir una exposición bíblica que se pueda aplicar a su propia vida. Eso es lo que todos esperan del pastor.

Prediquemos el evangelio y no las noticias del periódico, temas políticos o filosóficos, principios de psicología, informaciones acerca de los progresos de la ciencia o los

triumfos de la medicina. Hoy se habla mucho acerca del Evangelio Social y la Teología de la Liberación. Yo conozco sólo un evangelio: el que es "poder de Dios para salvación a todo aquél que cree" (Rom. 1:16). La verdadera libertad es la que anunció Jesucristo cuando dijo: "Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres" (Juan 8:32).

Para fortalecer su fe y asegurar su salvación, nuestras congregaciones necesitan alimento sólido, la nutrición espiritual que sólo la Palabra de Dios puede ofrecer. Como dice el pastor Arthur H. Stainback, de la Iglesia Bautista: "Dejad que vuestros miembros sepan que cuando predicáis, el mundo queda afuera. Confortad sus corazones con la Palabra de Dios".

Una cuestión fundamental

Hemos tocado con la punta de los dedos el desempeño de Jesús como Pastor y Palabra. El estudio de la revelación de Cristo es inagotable; sea cual fuere el aspecto que se considere, siempre tenemos algo que aprender. Espero, sin embargo, que lo que se ha expuesto sea suficiente para convencernos de que la dimensión pastoral de la predicación es, en efecto, fundamental para el ministerio. No hay manera de ser pastor, en el legítimo sentido del término, a no ser que se le dé prioridad a la predicación diligente y profunda.

Un día rendiremos cuenta del pastorado que ejercimos. Dios nos dirigirá la pregunta que se encuentra en Jeremías 13:20: "¿Dónde está el rebaño que te fue dado, tu hermosa grey?" Quiera el Señor que podamos responder con otro texto bíblico, el de Isaías 8:18: "He aquí, yo y los hijos que me dio Jehová". Y que entonces el Señor nos pueda decir: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré; entra en el gozo de tu Señor" (Mat 25:21). ♦

Un seminario inédito

El 18 de abril de este año es una fecha que se puede considerar histórica para la Asociación Ministerial de la Iglesia Adventista en Sudamérica. En ese día se celebró el Seminario de Actualización para Pastores Evangélicos. En verdad, ésta no fue la primera vez que se hizo algo para aproximarse a los ministros de otras denominaciones, porque en el mes de junio de 1995 y en febrero de 1997 los pastores del Distrito Federal brasileño participaron de un evento similar. Pero fue el primer seminario transmitido vía satélite desde el Canal ADSAT de Nova Friburgo, Río de Janeiro, Brasil, para toda América del Sur, el este de los Estados Unidos y Portugal.

Bajo la coordinación del pastor José M. Viana, secretario asociado de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana, el seminario contó con la participación en vivo de los secretarios de la Asociación Ministerial de algunas uniones, y de algunos pastores de Río de Janeiro. El tema que se presentó en esa oportunidad fue la predicación, tratado por tres especialistas en Homilética: el pastor José Carlos Ramos, director del programa de posgrado del Seminario Adventista La-

tinoamericano (SALT), ubicado en Engenheiro Coelho, San Pablo, Brasil, habló acerca de "La dimensión pastoral de la predicación". El pastor Alejandro Bullón, secretario de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana, disertó acerca de "El equilibrio entre la interpretación y la aplicación en el arte de predicar". Por su parte, el director del SALT, Sector Nordeste, ubicado en Cachoeira, Bahía, Brasil, pastor Luiz Nunes, presentó "El aspecto evangelizador de la predicación".

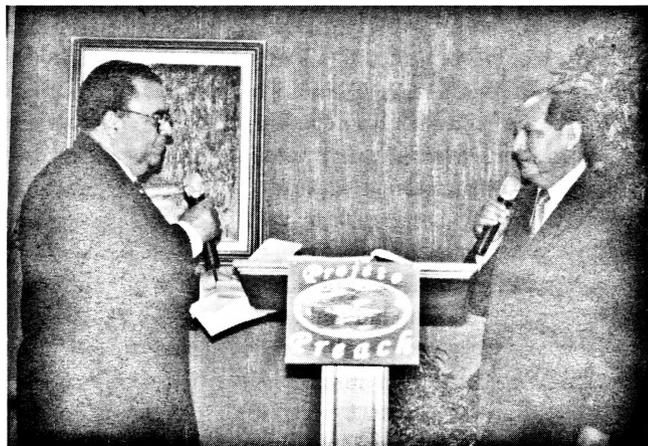
El programa comenzó a la hora 09:00, y se desarrolló hasta las 13:00. Lo amenizaron algunos eventos musicales a cargo del cuarteto "Los Heraldos del Rey" y de la solista Sone-te Costa. Contó con el patrocinio de esta revista, *Ministerio* que, según dijeron los organizadores, será enviada a todos cuantos la soliciten. Para eso tienen que llenar un formulario anexo a cada invitación distribuida en todas las asociaciones y

misiones. La estrategia previa consistía en que los pastores distritales y los dirigentes de instituciones y seminarios consiguieran el equipo necesario para la recepción del programa, e hicieran arreglos con el fin de disponer de locales adecuados, de modo que los invitados pudieran estar cómodos. El éxito fue indiscutible. De norte a sur, en templos, auditorios y organizaciones seculares, en hoteles e instituciones denominacionales, se reunieron diversos grupos.

El proyecto PREACH

Bajo la dirección del pastor Williams Costa Junior, el programa permitió la interacción con los telespectadores, que vía Internet, teléfono o fax, participaban por medio de preguntas (que contestaban los oradores) y comentarios. En ese sentido, la participación superó las expectativas. Se recibieron más de 130 mensajes provenientes del Brasil, la

Los pastores Viana y Bullón analizan los comentarios de los telespectadores.





El pastor Luiz Nunes: “La gente no quiere oír hablar acerca de dudas teológicas. Quiere la certidumbre de la salvación comprendida y vivida por el predicador”.



Pastor José Carlos Ramos: “El buen pastorado requiere predicación eficaz. En Jesús, nuestro ejemplo, se encarnan el pastorado y la predicación, en una unidad perfecta”.



El pastor Neumoel Stina (a la izquierda), orador del programa de radio *A Voz da Profecia*, saluda al pastor Francisco Amaral, de la Primera Iglesia Bautista de Nova Friburgo.

galista.

Aunque los prejuicios que existen con respecto a la iglesia no van a ser totalmente erradicados, el plan ha conseguido algunos éxitos. En muchos lugares ha cambiado la imagen que proyectaba antes la organización adventista. “La mayor parte de los pastores con los que nos hemos puesto en contacto han modificado su concepto de la Iglesia Adventista,

y han pasado a simpatizar con ella” es el testimonio del Dr. Nikolaus Satelmajer, director mundial del proyecto, presente en el evento junto con el Dr. Willmore Eva, director de la revista *Ministry*. “Hoy —añade Satelmajer— se ve a la Iglesia Adventista como una de las organizaciones más empeñadas en el crecimiento de sus pastores, y se la admira por su disposición a extender este servicio a los otros ministros por medio de su programa de crecimiento profesional”.

Al hablar acerca de la motivación para la participación sudamericana en este plan, el pastor Viana dijo: “La renovación continua ayudará al ministro de hoy a evitar la obsolescencia profesional. Servirá de ejemplo y eliminará la ilusión de que si sólo trabajamos duramente ahora, el futuro se cuidará a sí mismo. Necesitamos estar preparados para superar los numerosos desafíos que nos aguardan en el futuro”.

Reacciones positivas

El Seminario de Actualización Pastoral fue bien recibido por los telespectadores, como lo indican los comentarios que han llegado al estudio de TV ADSAT.

“El consejo de pastores de la Asociación de Iglesias Evangélicas de Barra Mansa, Río de Janeiro, felicita a los organizadores de este seminario tan importante y propicio para nuestra realidad”, fue la declaración que llegó firmada por el pastor Valladares Lucas da Silva, de la Iglesia Bautista Valle de las Bendiciones. El pastor Roverbal Marinho reunió “cincuenta pastores evangélicos de la capital y del interior, en el auditorio del Hospital Adventista de Belén”, en Pará, y destacó el interés de todos en la programación.

El Dr. Rubén Pereyra, ex secretario de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana, actualmente uno de los profesores de la Universidad Adventista del Plata en

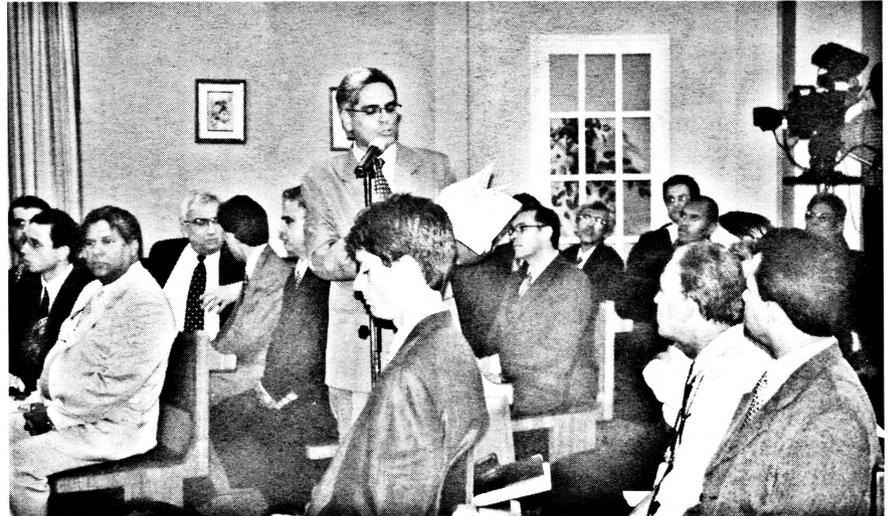


De izquierda a derecha: los pastores Willmore Eva, Nikolaus Satelmajer, José Viana, Alejandro Bullón y Williams Costa Junior. Vibraron con el éxito de este seminario.

Elena de White aconsejó diciendo: "Nuestros ministros deben procurar aproximarse a los pastores de otras denominaciones. Orad por ellos, por quienes Cristo está intercediendo. Pesa sobre ellos una solemne responsabilidad. Como mensajeros de Cristo, nos cabe manifestar un interés profundo y celoso por esos pastores del rebaño" .♦



El pastor Nikolaus Satelmajer (a la derecha) habla mientras le traduce el pastor José Viana.



Parte de la concurrencia en el estudio de TV ADSAT.



El pastor Willmore Eva (a la izquierda): "Ante todo, este seminario ha sido una gran inspiración para mí".

la Argentina, también vio el programa por televisión. "Sinceras felicitaciones —dijo—; espero que este programa se repita con regularidad".

Presente en el estudio estaba el pastor Francisco Amaral, presidente del Consejo de Pastores Evangélicos de Nova Friburgo, pastor de la Primera Iglesia Bautista local y director del Seminario Teológico. Se manifestó muy bien impresionado con esta iniciativa. "Los mensajes cristocéntricos de este seminario le dan a la Iglesia Adventista el carácter de iglesia evangélica", dijo.

Como se ve, no es sin razón que



Sonete Costa: inspiración musical.

El aspecto evangelizador de la predicación

Luiz Nunes

Doctor en Ministerio. Director del Seminario Latinoamericano de Teología (SALT) en Cachoeira, Bahía, Brasil.

La dimensión, la importancia y el propósito están indisolublemente unidos en la predicación evangelizadora. Cuanto más amplio sea el propósito de la predicación, mayor será su dimensión. Por lo tanto, tenemos que pensar en la predicación evangelizadora como un instrumento para conducir a la gente a Cristo, llevarla al bautismo y enseñarle toda la doctrina. Mientras más personas, sociedades y épocas abarque el evangelio, tanto más amplia será su dimensión. Hasta que de pronto se aspira a conducir a los oyentes a otros aspectos que también determinan la dimensión de la predicación evangelizadora.

Por muchos años se ha formulado la pregunta acerca de la importancia del mensaje cristiano para los hombres de cada época. Por lo tanto, estamos tratando un problema que no es nuevo, sino que se repite de tanto en tanto en función de los cambios socioculturales de los pue-

blos. Por eso han surgido en determinados períodos de la historia teólogos con diferentes enfoques, con la intención de que el evangelio vuelva a ser importante. No es extraño que esa actitud desfigure el evangelio y le reste importancia. Es decir, sin dimensión evangelizadora.

Lo que pretendemos hacer aquí es un análisis de los puntos más destacados del aspecto evangelizador de la predicación apostólica, y en la predicación más representativa de los siglos XIX y XX. No pondremos énfasis, sin embargo, en lo histórico, sino en lo conceptual.

Predicación y reacción

¿Cómo pudieron comunicar el evangelio con eficiencia los apóstoles cuando la teología judía y la gnóstica interpretaron mal casi todos los temas teológicos en los días de la iglesia primitiva?

Un texto del Evangelio según Mateo es fundamental para nuestras consideraciones: “Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis” (Mat. 11:17).

En la estructura del Evangelio según Mateo encontramos cinco grupos de temas. El texto que acabamos de citar se encuentra en el tercer grupo, cuyo asunto es el misterio del reino de los cielos. La parte narrativa de ese grupo (caps. 11 y 12) se inicia con escenas en las que aparece Jesús como incomprendido por sus más cercanos seguidores, sus más acérrimos enemigos e incluso sus más íntimos familiares.

Ese tercer grupo de temas (cap. 13) termina con un discurso en el que encontramos siete parábolas. El objetivo de esta predicación de Cristo era lograr que su auditorio, tan dispar, entendiera lo que es el reino de los cielos y quién es su Rey, con el fin de convertirlos y conservarlos convertidos por el resto de sus vidas. A cada grupo le dio una respuesta definida, de acuerdo con sus propias necesidades. La importancia del evangelio está dada en el hecho de que él podría atender a toda clase de gente (dimensión), y por eso mismo es abarcante.

Juan el Bautista no entendió claramente a Cristo, puesto que en medio de su terrible prueba preguntó: “¿Eres tú aquél que había de venir, o esperaremos a otro?” (Mat. 11:3). Y recibió la respuesta de que las señales que se estaban llevando a cabo eran el cumplimiento de la profecía de Isaías (Isa. 35:5, 6; 61:1). Para concluir, Cristo propuso una bienaventuranza.

Las multitudes que lo seguían no entendían ni aceptaban el mensaje del reino que predicaba Juan, un predicador solitario, acusado de estar poseído por el demonio (Mat. 11:18). También rechazaron el anuncio del Hijo del hombre, pues lo acusaron de glotón, bebedor de vino y amigo de publicanos y pecadores. En ese contexto, Cristo le dijo a la gente: “Os tocamos flauta, y no bailasteis; os endechamos, y no lamentasteis”. En otras palabras, es como si hubiera dicho: “Después de todo

lo que hicimos, hablamos y demostramos, ustedes no han reaccionado. No aceptan el mensaje por el camino de la alegría, ni tampoco por el de la tristeza. ¿Qué quieren?”

Es como si Cristo estuviera diciendo que había probado todos los medios, hasta los más extremos, para alcanzar el corazón de esas personas con el mensaje del reino. Pero ellos rechazaron todos sus intentos de darle importancia a ese mensaje. Entonces pasó a usar un recurso más, teniendo en vista el mismo objetivo. “Comenzó a reconvenir... porque no se habían arrepentido” (Mat. 11:20). Cristo recurrió entonces a amenazar con el rigor del juicio.

Este mensaje alcanzó a diversas personas. Los humildes, los sencillos, los pequeños. A estos les dirigió estas memorables palabras: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (vers. 28).

A continuación nos encontramos con la visión distorsionada de los fariseos con respecto a la predicación de Cristo. Por lo menos en tres ocasiones eso quedó en evidencia: 1) Cuando los discípulos recogieron granos de trigo en sábado (Mat. 12:1-8); 2) cuando curó también en sábado al hombre de la mano seca (Mat. 12:9-14) y 3) cuando sanó al endemoniado ciego y mudo (Mat. 12:22-32).

Los fariseos interpretaban mal los actos de Cristo, cuando deberían haber visto en ellos la importancia del reino de los cielos. Acusaron al Maestro de expulsar los demonios mediante el poder de Satanás. A dichas actitudes siguieron graves advertencias de parte de Jesús, relacionadas con el pecado contra el Espíritu Santo y la condenación final. Ésta fue su conclusión: “Así también acontecerá a esta mala generación” (Mat. 12:45).

La misma madre de Jesús y sus hermanos lo fueron a buscar mien-

tras cumplía su misión, porque no la entendían. Frente a esa actitud, el Maestro dejó bien en claro que el derecho al reino no tiene nada que ver con los lazos familiares. Su respuesta fue contundente: “Porque todo aquél que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, y hermana y madre” (Mat. 12:50). Con esta afirmación, en lugar de excluir a sus familiares, el Señor los incluyó en el reino.

Las parábolas del reino

Entonces Cristo llegó al final de su predicación para todos esos grupos. Después de satisfacer definitivamente las necesidades de cada uno de ellos, explicó la naturaleza del reino de los cielos, sus súbditos y su Rey. Y empleó siete parábolas para referirse al reino.

La predicación de la palabra del reino tiene una recepción diferente según se lo enseña en la parábola del sembrador. Como consecuencia de las diferentes reacciones, el destino de los oyentes también es diferente. Ésta es la enseñanza de la parábola del trigo y la cizaña. Sigue la explicación del valor del reino de los cielos en las parábolas del tesoro escondido y la perla de gran precio, para que sus oyentes percibieran la importancia de su mensaje. Finalmente presentó la parábola de la separación de los buenos y los malos, en la consumación de los siglos, con una invitación conmovedora, con lágrimas en la voz.

“¿Entendieron?”, es la pregunta, seguida de un rotundo “¡Sí!” Los oyentes captaron el secreto mesiáni-

cuencia de las diferentes reacciones, el destino de los oyentes también es diferente. Ésta es la enseñanza de la parábola del trigo y la cizaña. Sigue la explicación del valor del reino de los cielos en las parábolas del tesoro escondido y la perla de gran precio, para que sus oyentes percibieran la importancia de su mensaje.

co. Fueron iluminados con la sabiduría que se basa en la revelación. El evangelio alcanzó a los cuatro grupos del auditorio de Cristo, ya sea con el perdón o la condenación.

Había, sin embargo, una necesidad básica, a saber, la de entender al Rey y a su reino. Pero esa necesidad fundamental se presentaba de manera diferente en cada caso, y la respuesta de Cristo se adaptó a cada situación. Por fin, al terminar su mensaje, la invitación puso al auditorio frente a la necesidad de tomar una decisión. Y él trató de dirigir esa decisión al hablar acerca del valor del reino. Al terminar su invitación, Jesús sumó una advertencia acerca de la separación final.

Y éste es precisamente el modelo del aspecto evangelizador de la predicación.

El ejemplo de Pablo

El apóstol Pablo era consciente del objetivo, la dimensión y el contenido de su predicación: “Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo y a éste crucificado” (1 Cor. 2:1, 2).

“Ni mi palabra ni mi predicación

La predicación de la palabra del reino tiene una recepción diferente según se lo enseña en la parábola del sembrador. Como conse-

fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (vers. 4).

“Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; y sabiduría no de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que perecen” (vers. 6). “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual” (vers. 13).

“Pues no me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo” (1 Cor. 1:17).

Pablo declaró insistentemente que el enfoque de su evangelización en Corinto no estaba basado en sabiduría humana: que define como lenguaje persuasivo de sabiduría, sabiduría de este mundo, la sabiduría de los poderosos y sabiduría de palabras. ¿Por qué evitó él ese tipo de enfoque en la evangelización? Él mismo responde que esa clase de predicación se reduce a nada, y que es un modelo de sermón que anula la cruz de Cristo. Es un discurso vacío de sabiduría divina.

Forzosamente tenemos que concluir que las declaraciones de Pablo fueron motivadas por la experiencia que tuvo inmediatamente antes de llegar a Corinto, o sea, en Atenas. Allí enfrentó a sus opositores en su propio terreno, y a la lógica respondió con lógica, a la filosofía con filosofía, a la elocuencia con elocuencia y a la ciencia con ciencia. Al darse cuenta de que su enfoque produjo pocos resultados, adoptó otro enfoque misionero en Corinto. Evitó las discusiones y los argumentos elaborados, y se propuso no saber otra cosa entre los corintios “que Jesucristo y éste crucificado”.

Resumió todo esto de la siguiente manera: “La Palabra de la cruz es... a los que se salvan, esto es, a noso-

Han pasado siglos desde los días de Cristo y de Pablo. En su transcur-

tros, poder de Dios” (1 Cor. 1:18). “Agradó a Dios salvar a los creyentes por la locura de la predicación” (vers. 21). “Predicamos a Cristo crucificado” (vers. 23). “Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios” (vers. 24). “Ni mi palabra ni mi predicación fue con... humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1 Cor. 2:4). “Hablamos sabiduría de Dios” revelada por el Espíritu (1 Cor. 2:7-10). “Hablamos... palabras enseñadas... por el Espíritu” (vers. 13).

No sólo necesitamos inteligencia, sino inteligencia espiritual, dada por el Espíritu Santo, para entender la sabiduría divina y poder proclamarla. Necesitamos “repensar los pensamientos” de Dios en voz bien audible. Necesitamos entender todo lo que se encuentra implícito en la persona de Cristo: su encarnación, su vida, su muerte, su resurrección y su intercesión, y necesitamos anunciar esas verdades al mundo con el poder del Espíritu Santo. El evangelio anunciado con ese poder derriba todas las barreras. Ésa es la experiencia de la iglesia cristiana en el libro de los Hechos, y debe ser también nuestra experiencia.

Pablo cambió su enfoque en Corinto con un claro objetivo: “Para que vuestra fe no se funde en una sabiduría humana fugaz, sino en el poder de Dios”.

De todo esto podemos concluir que Cristo y Pablo descubrieron las necesidades de sus oyentes, adaptaron a ellas sus respectivas metodologías y aplicaron la verdad bíblica de la salvación mediante la intervención transformadora del Espíritu Santo. Ambos sabían que las decisiones públicas son en gran parte pasajeras. Por eso no se detuvieron en la actividad pública. Dieron un paso más. Entraron en los hogares de la gente, demostrando interés en ella y comprometiéndose con ella,

so, una pléyade de hombres y mujeres se levantaron comprometidos con la tarea de predicar el evangelio.

escuchando sus quejas, enterándose de sus dolores y sufrimientos.

Cristo y Pablo fueron el hombre donde los desalentados podían llorar. Eso es ser evangelista. No se limitaron a llevar a la gente a una decisión en favor de la salvación. La condujeron hasta el bautismo, y siguieron adocrinándola para mantenerla viva en la iglesia. Ésa es la verdadera dimensión evangelizadora de la predicación.

El desafío de hoy

Han pasado siglos desde los días de Cristo y de Pablo. En su transcurso, una pléyade de hombres y mujeres se levantaron comprometidos con la tarea de predicar el evangelio. De Policarpo, a comienzos del siglo II, a Francisco Javier, en el siglo XVI, a Guillermo Carey, Charles Spurgeon y Dwight L. Moody en el siglo XIX, a Leo Halliwell y Billy Graham en el siglo XX, la pregunta siempre ha sido la misma: “¿Cómo comunicar el evangelio con poder, y que les resulte interesante a nuestros contemporáneos?”

¿Qué clase de sermones necesitamos predicar si verdaderamente queremos que la gente se salve? La predicación evangelizadora tiene que satisfacer necesidades. J. Pfeiffer dice: “Déle a los chimpancés una porción pacífica de la selva y bastantes bananas, y vivirán felices el resto de sus vidas... Déle al hombre un ambiente igualmente idílico... y sin duda se meterá en dificultades. La capacidad que tenemos de crear nos dificultades es nuestro genio y la gloria de nuestra especie”.

El equilibrio entre los estados mentales interiores y las circunstancias externas de la vida es fugaz, lo que lleva al hombre siempre a un estado de casi permanente desequilibrio psíquico... En una palabra, a la infelicidad. Es tan cierto esto que el mismo Vinicius de Moraes lo describió en su poesía: "La tristeza no tiene fin; la felicidad sí. La felicidad es como las gotas de rocío sobre los pétalos de una rosa..."

¿Cómo tratar esta enfermedad?
¿Cómo ser feliz en una sociedad secularizada que excluye a Dios y sus valores de su vida privada? ¿Cómo se puede ser feliz cuando se confunde la felicidad con el placer y la capacidad de consumir?

Primeramente necesitamos identificar las necesidades más urgentes. Las necesidades más íntimas de la vida no se satisfacen totalmente mediante las riquezas materiales, el progreso social o la fama. Lo que todos queremos sentir es la realización interior. Hay un vacío esencial en toda vida sin Cristo. Hay una necesidad inmanente de Dios, que no está satisfecha. Ya lo dijo el salmista: "Como el siervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por ti, oh Dios, el alma mía" (Sal. 42:1, 2). La gente necesita a Dios.

La soledad invade la vida de millones de personas. La soledad que entraña la falta de compañía de alguien igual o superior. Es decir, todos necesitamos desarrollar la sociabilidad y la espiritualidad. Para el primer caso están los amigos, personas semejantes a nosotros. La espiritualidad verdadera sólo se desarrolla si hay comunión con Dios.

Están los que sufren sentimientos de culpa. Gente que vive en los límites del suicidio como consecuencia de las culpas reales o imaginarias que cultivan, y que destruyen su conciencia. Son vidas dobles, divididas entre la falsedad y una pretendida e hipócrita moralidad. La moralidad es sólo un producto del cristia-

nismo; no es el verdadero cristianismo. La vida cristiana auténtica sólo existe en Cristo.

Todavía hay un miedo universal a la muerte. Destruye la vida y separa a la gente que se ama. No hay, en el secularismo, la más mínima esperanza en cuanto a la muerte. Evidentemente tenemos que presentar a Cristo como la única esperanza y la más importante. Él es especialista en restaurar vidas despedazadas. La predicación necesita tener una dimensión universal, porque las necesidades del hombre también son universales.

Pero además de identificar las necesidades humanas y señalar el camino para su satisfacción, la predicación evangelizadora no puede descartar otro principio, sin el cual todos los recursos están destinados al fracaso, es a saber, la presentación del hecho de que Cristo fue crucificado por nuestros pecados, para darnos perdón, tal como lo declara la Palabra de Dios. Ningún sermón puede dejar de presentar a Cristo vivo, que ofrece santidad, intercesión y vida. Cristo que viene en gloria para establecer su reino.

La base de todo es el sacrificio completo y eterno llevado a cabo en la cruz. El Espíritu Santo toma el sencillo mensaje de la cruz y lo inserta con autoridad en el corazón del hombre. "Y cuando él venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio" (Juan 16:8). Él es el poder regenerador, convertidor y restaurador que recibe el pecador cuando acepta a Cristo. "Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia viniésemos a ser

herederos conforme a la esperanza de la vida eterna" (Tito 3:4-7).

Finalmente, la predicación evangelizadora eficaz no comete el error de hacer de la cultura personal —que es sólo un vehículo del evangelio— el propio evangelio. Respeta la identidad de los grupos sociales que desea alcanzar. Debemos contextualizar la metodología, pero al mismo tiempo necesitamos conservar la pureza apostólica del evangelio. Todo lo que sea contrario a esto es sectarismo, es tergiversar el evangelio.

Debemos tratar de alcanzar un valor cultural importante, que ayude a aclarar el evangelio y a fijarlo. Hay casos de estos en la Biblia. Por ejemplo, el encuentro de Cristo con la mujer samaritana y la argumentación que desarrolló acerca del agua. Con Nicodemo habló sobre el nuevo nacimiento, al mismo tiempo que trató de enseñarle el significado de la serpiente levantada en el desierto. Felipe y el eunuco iniciaron su conversación a partir del interés de éste en la referencia del profeta Isaías al Mesías.

Otros principios secundarios pueden ser útiles, tales como el interés, la instrucción y la fidelidad al objetivo. Por encima de ellos está, sin embargo, el principio de la certidumbre y de la experiencia personal, fundadas en la Palabra. Le gente no quiere oír más acerca de dudas y especulaciones teológicas. Quiere la certeza de la salvación comprendida y vivida por el predicador. ♦

La base de todo es el sacrificio completo y eterno llevado a cabo en la cruz. El Espíritu Santo toma el sencillo mensaje de la cruz y lo inserta con autoridad en el corazón del hombre.

El equilibrio en la predicación

Alejandro Bullón

Doctor en Ministerio. Secretario de la Asociación Ministerial de la División Sudamericana.

Había terminado de predicar ante veinte mil personas en la Plaza de la Apoteosis, en el Sambódromo de Río de Janeiro. Al llegar al hotel saqué de los bolsillos las cartas y las notas que algunos me entregaron, como sucede siempre en reuniones de esta clase. Una de esas notas marcó profundamente mi vida. El autor decía: "Esta noche iba a terminar con mi existencia porque descubrí hace quince días que tengo SIDA. Fui para oírlo predicar, con la esperanza de que se produjera un milagro, y por la gracia de Dios sucedió. No fui sanado, pero algo aconteció en mi corazón, porque no le tengo más miedo a la muerte. Usted describió mi vida, hasta la ropa que vestía. Después dijo: 'Pase lo que pasare, nunca más estarás solo,

si entregas hoy tu corazón a Jesús".

Me arrodillé en ese momento, y le dije a Cristo en oración: "Señor: no sé si prediqué un gran sermón, pero sé que de alguna manera lo usaste para encontrar una vida deshecha y transformarla".

Eficacia o grandeza

Todos nosotros, los predicadores, queremos que Dios nos use; queremos predicar eficazmente y sentir que el sermón le hace bien a la gente. El problema es que, a veces, confundimos eficacia con grandeza. Una cosa es ser un predicador eficaz, y otra es ser un gran predicador. Se nos ha llamado para que seamos predicadores eficaces. La grandeza es una prerrogativa divina. Cuando el predicador busca la grandeza, corre el riesgo de caer en el orgullo, la promoción y la afirmación de sí mismo, y nada puede ser más fatal que eso para la eficacia de la predicación. Esa eficacia, a su vez, se encuentra en el resultado que se verifica en las vidas de la gente. Usted no es eficaz cuando cree que es un gran predicador, sino cuando el propósito divino para la vida de la gente se vuelve realidad.

Una predicación eficaz, por lo tanto, es una predicación que transforma vidas. Pero, ¿qué tenemos que hacer para que nuestra predicación transforme vidas? ¿Cómo predicar para que la gente sienta que la predicación la beneficia? Para alcanzar el corazón de la gente y lograr que el Espíritu Santo la transforme,

es necesario entender en primer lugar que todos van a algún lugar en busca de un beneficio. Ésa es una ley de la vida. Cuando alguien entra en una zapatería, por ejemplo, no le interesa saber cómo se fabrica el cuero. Todo lo que quiere es conseguir los mejores zapatos al precio más bajo posible.

El problema que enfrentamos como predicadores es que, a veces, estamos más preocupados por nuestro sermón que por la gente. Nuestros sermones pueden ser obras maestras de homilética, pero si no responden a las inquietudes del corazón humano no pasarán de ser una teoría maravillosa, sin efecto transformador alguno.

Si alguien va a la panadería a comprar pan, y le dan una piedra, con toda seguridad jamás volverá a ese lugar, inclusive si se trata de la iglesia, porque espera encontrar ahí algo que lo beneficie.

Observe, por ejemplo, lo que sucede cuando una tienda anuncia por la televisión que estará cerrada durante la mañana, pero que a mediodía abrirá con ofertas tentadoras. Generalmente se forman largas colas esperando la apertura del negocio, porque allí hay algo que les interesa mucho. Los dueños de la tienda supieron despertar el interés, mostrando las ventajas de los descuentos "fabulosos" que sólo habrá ese día.

Interpretación y aplicación

Un principio fundamental de la

predicación es que debe estar basada en la Biblia, la Palabra de Dios. Por eso el predicador debe ser alguien familiarizado con las Sagradas Escrituras. Pero hasta la predicación bíblica se puede volver árida, vacía, si no hubiera el debido equilibrio entre la interpretación del mensaje y su aplicación a las necesidades de los oyentes. La gente va a la iglesia con la esperanza de encontrar soluciones divinas para sus tristezas, dificultades y luchas, y el predicador tiene la oportunidad de presentar la verdad racional, teológica, para mostrar de qué manera Dios, por medio de esas verdades, está preocupado y ocupado en ayudar a sus hijos a ser felices.

“De una manera o de otra, toda empresa que tiene que ver con el público comienza sus actividades a partir de las necesidades de la gente. Sólo los predicadores actúan suponiendo que la gente va a la iglesia ansiosa de descubrir qué pasó con los amorreos”, afirma Harry Fosdick.

Cuando Jesús estaba en la Tierra, se preocupó por las necesidades de la gente, y tocó el punto neurálgico de sus vidas. A Zaqueo, un hombre despreciado y rechazado por todos, le abrió los brazos de la aceptación y del perdón. A la mujer samaritana, cuyo corazón estaba vacío y sediento, le ofreció el agua que verdaderamente satisface. Nunca hablaba al aire. Se refería a las necesidades específicas del ser humano. Por eso las multitudes lo seguían doquiera fuese, y su predicación las transformaba.

Esas mismas multitudes indigentes siguen viviendo sus vidas inclusive hoy. Estos corazones sedientos aparecen cada vez que celebramos cultos en nuestras iglesias. Son personas vacías, desesperadas, angustiadas, afligidas, que se sienten solas, rechazadas, traicionadas y víctimas de injusticias. Gente que llora en silencio, intentando esconder su

íntimo dolor. Sonríen, fingen que todo está bien, pero el corazón está dolorido, ya no saben dónde ir, no tienen más fuerzas para resistir y, durante el sábado, el domingo o el miércoles, van a la iglesia con la esperanza de que Dios tenga alguna respuesta, por medio del predicador, para las inquietudes de su corazón.

La próxima vez, cuando usted se levante a predicar, recuerde que allí, entre las treinta, cincuenta, cien, doscientas, trescientas o más personas que están delante de usted, existe la misma cantidad de pequeños universos. Cada persona tiene sus propias luchas, sueños y dificultades. Allí estará, por ejemplo, una jovencita de catorce años que durante la semana su novio la abandonó. Sus padres están felices, porque no estaban de acuerdo con esa relación, pero la muchacha está sufriendo por dentro, pensando que la vida ya no tiene sentido, ni color ni alegría. Todos la contemplan mientras se encuentra sentada en el banco de la iglesia, pero nadie ve el volcán de tristeza que está a punto de estallar en su corazón. Se siente sola, incomprendida por sus padres, traicionada por su novio, víctima de las injusticias de la vida. Y Dios tiene un instrumento: usted, para decirle a esa chica: “Hija, no estás sola. Yo estoy aquí contigo, aunque no me puedas ver ni tocar”.

Y esa muchacha no será la única persona herida en esa congregación. También habrá allí alguien que traicionó a su esposa y llevó a una mujer extraña a un motel. Vino a la iglesia, es cierto, pero está perturbado por la insistente voz de la conciencia. No tiene paz, no logra dormir, se siente inmundo y perdido. En el fondo de su corazón se pregunta: “¿Hay perdón para mí?” Y usted es el instrumento que Dios tiene para decirle a ese hombre: “Sí, hay bálsamo en Galaad”.

La próxima vez que usted se le-

vante para predicar, piense en ese padre de familia sin empleo, a quien desalojarán de su vivienda junto con su familia si no paga los alquileres que adeuda. Recuerde a la madre afligida, que lucha por conservar a sus hijos en la iglesia en contra de la voluntad de su marido incrédulo. No se olvide del joven a quien le fue mal en su examen de admisión y está desanimado. En fin, recuerde que usted le predica a seres humanos que están buscando la solución de sus problemas.

Pensemos en la gente

Ésta es mi pregunta: En la víspera del día de culto, cuando usted le da los últimos retoques al sermón, verifica el título, las ilustraciones y las frases de impacto, ¿se acuerda de la gente? ¿Qué tiene que decirle a cada una de las personas que asistirán a la iglesia? Una cosa es decir: “Hermanos: aquí el Señor afirma que nos ama y que nunca nos abandonará”, y otra cosa es decir: “¿Se siente usted sola y traicionada porque su marido la abandonó? ¿Está usted angustiado porque no sabe de dónde va a conseguir el dinero para pagar el alquiler? ¿Es posible que haya aquí alguien que le falló a Jesús, y entró en un lugar inmundo, donde un hijo de Dios jamás debería entrar? ¿Le está quemando el corazón el fuego de una conciencia culpable, y lo está dejando sin paz? Quiero decirle, en nombre del Señor, lo que la Escritura afirma esta mañana: usted no está solo. Las lágrimas producidas por la tristeza pueden estar impidiéndole ver a Cristo; el clamor de la conciencia le puede estar diciendo que usted está perdido y sin perdón; pero la Palabra de Dios le garantiza que él no lo abandonará. Él comprende su dolor. Cuando usted se echa en la cama y cree que ya no hay más salida, crea que Jesús está cerca de usted, listo para ayudarlo y darle poder con el fin de vivir una vida victoriosa”.

Cuando dejamos de generalizar las cosas y vagar por los meandros de la interpretación teológica y la exégesis, y empezamos a particularizar la aplicación del mensaje, vemos que la joven distraída, porque estaba pensando en la traición de su novio, abre los ojos y los oídos, y empieza a prestarle atención al sermón. Lo mismo sucede con las otras personas. Y cuando termina el culto, ciertamente nadie se limitará a decir que ése fue un sermón extraordinario, o se reducirá a elogiar el conocimiento desplegado por el predicador. La gente estrechará nuestras manos, silenciosamente, y veremos en sus ojos el resplandor de la alegría, la gratitud y la esperanza. Es gente que entra destrozada a la iglesia, y regresa a sus hogares reconstruida por el poder divino a través de la predicación.

Hoy los profesores de Homilética hablan de “predicación experimental, encarnada, terapéutica, bipolar o bifocal”. Todas esas expresiones se refieren, en suma, al estilo de predicación que se funda en la Biblia, pero que tiene como propósito señalar la solución divina para los problemas humanos. Hulford E. Luccock, en su obra titulada *Minister's Workshop* (El taller del ministro), página 51, al comentar acerca de la preparación de un sermón, dice lo siguiente: “Comience con un asunto relativo a la vida, un problema real, personal o social, y vuelque en él toda la luz de Cristo, de modo que la gente salga de la iglesia dispuesta a enfrentar el problema en el nombre de Jesús”. En otras palabras, que regresen a casa reanimados y transformados.

Tal vez la gente se duerma durante la predicación porque estamos

que no será tan ingenuo como para poner chocolate como carnada en el anzuelo, puesto que a los peces les gustan las lombrices. Y, cuando usted predica, ¿qué pone en la carnada, chocolate o lombrices?

hablando acerca de asuntos que creemos que le interesa, en circunstancias que sólo nos interesan a nosotros.

Imaginemos cincuenta mil personas que asisten a un partido de fútbol. En el campo están las selecciones de la Argentina y el Brasil enfrentándose en la final del campeonato mundial. Faltan cinco minutos para que termine el partido, y siguen cero a cero. ¿Cree usted que alguien se va a dormir? Imaginemos otro partido entre equipos de menor cuantía. ¿A quién le interesaría ese encuentro, fuera de los hinchas de los dos equipos?

Tenemos que aprender a predicar acerca de cosas que le interesan a la gente, y no sobre las que nos interesan sólo a nosotros. Es posible que a usted le guste el chocolate, pero estoy seguro de que no será tan ingenuo como para poner chocolate como carnada en el anzuelo, puesto que a los peces les gustan las lombrices. Y, cuando usted predica, ¿qué pone en la carnada, chocolate o lombrices?

La contextualización del mensaje

A esta altura es posible que alguien se sienta tentado a hacer una

Tenemos que aprender a predicar acerca de cosas que le interesan a la gente, y no sobre las que nos interesan sólo a nosotros. Es posible que a usted le guste el chocolate, pero estoy seguro de

observación: “Pastor: ¿quiere decir que para ser un predicador de éxito tengo que predicar sólo lo que la gente quiere oír, y no lo que necesita oír?” Evidentemente no. La Palabra de Dios es soberana y “útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Tim. 3:16). Pero la ley de la mente establece que la gente sólo oye lo que le interesa, y el predicador necesita presentar los principios eternos del evangelio, contextualizados, de modo que la gente los quiera oír. Es decir, tiene que aplicar el mensaje de la Biblia a la vida de la gente.

Cuando mis hijos eran pequeños, había uno a quien no le gustaban las verduras. Daba trabajo conseguir que las comiera, pero una de las cosas que más le gustaban era asistir a los partidos de basquetbol del colegio. Un día le preguntamos:

—¿Quieres crecer y jugar basquetbol como Michael Jordan?

—¡Sí! —fue su respuesta.

—Entonces, hijo —argumentamos— recuerda que él comía verduras cuando era niño. Comer verduras es la única manera de crecer fuerte y sano.

Fue la solución del problema. El muchachito quería crecer y ser fuerte, y comenzó a comer verduras.

Si como padres mi esposa y yo nos hubiéramos puesto a hablar acerca de la composición química de las verduras, de las vitaminas y los nutrientes que contienen, con toda seguridad no habríamos conseguido nada. Pero sabíamos que le interesaba crecer. Sentía la necesidad de crecer, pues no había manera de seguir siendo chico y llegar a formar parte de un equipo de básquet. Crecer se había vuelto para él una necesidad; y cuando relacionamos esa necesidad con el hábito de comer verduras, inmediatamente se abrió no sólo la mente del chico, sino el corazón y la boca también.

Este ejemplo es muy sencillo, pero pone en evidencia la equivocación

ción que solemos cometer los predicadores. Empleamos minutos preciosos para analizar teológicamente el texto, desmenuzando todos sus detalles, interpretando maravillosamente bien las Escrituras, la doctrina sólida, fundada en la Biblia, y ahí nos detenemos. Dejamos sin demostrar cómo esa verdad teológicamente correcta puede ayudar a la gente a resolver los problemas que enfrenta todos los días. En otras palabras, esa verdad no le dice mucho frente a las dificultades que encuentra.

Pensemos en un paciente que se retuerce como consecuencia de sus dolores estomacales. Llama al médico, y éste se pone a describir el proceso de la digestión, o a leer un tratado de gastroenterología. ¿Qué quiere el paciente al fin de cuentas? ¿Entender cómo funciona el aparato digestivo o que desaparezca el dolor?

Problemas básicos

Tal vez todavía se estén preguntando: “¿Que se puede hacer para hablar de los problemas de una congregación en un lapso de treinta minutos a una hora?” Aunque haya dificultades definidas, hay cinco problemas básicos y universales que todo ser humano lleva sobre su corazón. Al referirnos a ellos le estaremos hablando a cualquier persona, no importa si está en la China o en Méjico, si es rico o pobre, si es joven o viejo. Esos problemas son los siguientes:

La soledad. Todos los seres humanos se sienten solos alguna vez en la vida. Hay gente que se siente usada, traicionada, rechazada. Tienen parientes y amigos, trabajan cerca de otras personas, pero están solas y les duele el corazón. De modo que cada vez que mencionamos la soledad, podemos estar seguros que de una manera o de otra estaremos tocando corazones.

Los problemas financieros. Son problemas comunes a toda la gente,

rica o pobre. El problema financiero del pobre es que no tiene dinero para pagar sus cuentas. El problema financiero del rico es que no puede dormir frente a la caída de las acciones de la bolsa o la desvalorización del dinero frente al dólar.

Los problemas familiares. No se trata sólo de la esposa y los hijos. Todos tienen padres, hermanos, primos, sobrinos y nietos por los cuales se preocupan, de una forma o de otra. ¿Qué se puede hacer con la madre enferma cuando está distante, y no se tiene tiempo ni dinero para ir a verla? ¿Cómo ayudar al hijo de la hermana, que se está sumergiendo en las drogas? La familia es una de las cosas más sagradas que alguien puede tener. Hagamos una aplicación bíblica relacionada con este tema, y estaremos satisfaciendo una necesidad básica.

El miedo al futuro. Hubo una época cuando yo creía que sólo los ancianos le tenían miedo al futuro. Pero un día, al volver del cementerio, después del funeral de un amigo, uno de mis hijos me abrazó fuerte y me dijo:

—No te vas a morir, ¿no es cierto, papá?

—¿Por qué me dices eso, hijo?

—le pregunté.

—Si te mueres —me volvió a preguntar mi hijo con profunda emoción—, ¿quién me va a cuidar?

Sólo tenía siete años, y ya el futuro le causaba temor. Éste es un problema común a todos nosotros.

El sentimiento de culpa. Después

de la entrada del pecado, los seres humanos conciben al mundo a través de lo que los psicólogos modernos llaman “culpa existencial”. Quiere decir que la persona se siente culpable y ni siquiera sabe por qué. Es una sensación muy desagradable, que se traduce en una especie de vacío interior y, naturalmente, es fruto de la naturaleza pecaminosa con la que nacimos.

Cada vez que se aliste para preparar un sermón, hágase estas preguntas: “¿De qué manera este sermón va a satisfacer las necesidades básicas y universales de la gente que lo oirá? ¿Cómo puedo aplicar estas verdades a las necesidades de mis oyentes?” Entonces prepare el sermón de manera que responda a las preguntas que la gente se está haciendo.

Y recuerde la cruz de Cristo. Con un extremo de su sermón toque la gloria de Dios a través de su Palabra. Ponga el otro extremo sobre la Tierra, donde vive la gente; toque las heridas de hombres, mujeres, jóvenes y niños. Ponga en ellos el bálsamo sanador del evangelio. ♦

La preparación del predicador

Emilson dos Reis

Profesor de Homilética en el Seminario Adventista Latinoamericano de Teología (SALT), Engenheiro Coelho, San Pablo, Brasil.

La predicación es un reflejo del carácter del predicador. Aunque no lo quiera, cuando el pastor predica un sermón, su vida va junto con él. Expresa sus pensamientos, sentimientos y actitudes acerca de Dios, la Biblia, la oración, la obediencia, la gente, en fin, sobre su vida en sus más variados aspectos. Por eso, más importante que la preparación del mensaje es la preparación del mismo mensajero. En cierto sentido vive siempre preparándose. “Por causa de la naturaleza y el carácter de su llamado... todo lo que hace, incluso todo lo que le sucede, él descubre que es importante para el desarrollo de su gran obra, y... forma parte de su preparación”.¹

Sin embargo, el predicador debe tener ciertos cuidados y desarrollar determinados hábitos que lo mantendrán en continuo crecimiento espiritual y lo ayudarán a formar un carácter cada vez más semejante al de Jesús. De este modo, como parte de su preparación para la vida, el pastor deberá estudiar los aspectos relacionados con su vocación que debe seguir.

El uso del tiempo

A diferencia de otros profesiona-

les, el pastor no está limitado por horarios, marcación de tarjetas y otras obligaciones semejantes. Si bien es cierto que eso le produce algunas ventajas que le facilitan el trabajo, también presenta peligros y tentaciones. Uno de esos peligros es la tendencia a dejar que el tiempo se disipe. Especialmente ocurre eso durante las mañanas.² Por eso el pastor debe tener un programa para poder administrar adecuadamente el tiempo, y esforzarse para cumplirlo.

Estudio de la Biblia

Es indispensable que el pastor lea la Biblia regularmente, todos los días. El objetivo primordial de esta actividad no es sólo encontrar buenos textos para sermones, aunque eso sea lo que finalmente sucede, sino alimentar su propio corazón con el pan espiritual servido por Dios mismo, para que pueda crecer espiritualmente, conociéndolo y amándolo cada vez más.

Pero si está leyendo la Biblia de esta manera, y se destaca algún texto que le llama la atención, no debe seguir adelante. Concéntrese en ese texto. Siga meditando y analizándolo hasta que surja el bosquejo de un sermón. No deje eso para hacerlo en otra oportunidad. Tal vez no logre nunca más recuperar ese mensaje. Al proceder de este modo, el predicador puede atesorar buenos bosquejos para usarlos oportunamente.³

El predicador también necesita estudiar en profundidad determinadas porciones de las Escrituras, co-

mo ser algunos de sus grandes capítulos, e inclusive libros enteros, usando todas las herramientas que están a su disposición. Esta costumbre lo volverá espiritualmente fuerte y, por consiguiente, fortalecerá su congregación.

La práctica de la oración

Ésta ha sido la característica descollante de los grandes predicadores de todos los tiempos.⁴ La predicación de estos hombres era poderosa porque primeramente se habían abastecido en la fuente del poder celestial. Conducían a los seres humanos al Salvador porque previamente habían estado con el Salvador. No hay sustituto para la comunión con Dios. En ella el pastor encontrará sabiduría, ánimo, fortaleza, salud y poder para cumplir su misión.

Cuando Jesús estuvo en la Tierra, durante los años de su ministerio, había mucho que hacer. Necesitaba anunciar el evangelio, curar enfermos y liberar a los oprimidos por las fuerzas del mal. Necesitaba consolar, aclarar conceptos y animar a los dolientes, como asimismo reprimir y exhortar. Tenía que viajar a pie de un lado al otro por las precarias y polvorientas sendas de Palestina, con el fin de llegar a muchas de sus aldeas y pueblos. Con frecuencia estaba rodeado de multitudes con sus numerosas necesidades. Era tanta su actividad que los que estaban con él temían por su vida.⁵ Pero nunca permitió que sus numerosos e importantes quehaceres pa-

saran a ser prioritarios en su existencia. Para Jesucristo lo más importante, en efecto el fundamento de su ministerio, era el tiempo que dedicaba cada día a estar en comunión con su Padre. "Pero siempre que volvía de las horas de oración que ponían término al día de trabajo, notaban en su semblante la expresión de paz, la frescura, la vida y el poder que parecía haber penetrado todo su ser. De las horas pasadas a solas con Dios, salía... para llevar a los hombres la luz del Cielo".⁶

El predicador, de acuerdo con el ejemplo de su Maestro, necesita esa preparación. Si lo hace, "recibirá un nuevo caudal de fuerza física y mental. Su vida exhalará fragancia y dará prueba de un poder divino que alcanzará a los corazones de los hombres".⁷ Por lo tanto, todos los que están implicados en la predicación del evangelio deben dedicar mucho tiempo a la oración.

La buena lectura

La obra del predicador es grandiosa; y para llevarla a cabo plenamente necesita estar motivado. Una de las mejores maneras de hacerlo es por medio de lecturas inspiradoras que lo estimulen a ser más fiel, más productivo, más semejante a Jesús. Destacamos las biografías de los grandes hombres a quienes Dios usó poderosamente en su causa. También obras acerca de la vida del mismo Jesús y otros personajes de las Escrituras; libros que cuentan la historia de los grandes reformadores, misioneros y pioneros. También son útiles los libros que se refieren a la vida de grandes estadistas y benefactores de la humanidad. Además, hay quienes se mantienen despiertos espiritualmente al oír buena música.

La evaluación propia

Será muy provechoso llevar a cabo, al fin del día, una breve revisión de nuestro comportamiento y nuestras actitudes en el curso de las ho-

ras. Esto nos ayuda a descubrir los motivos que nos llevaron a obrar de una u otra manera. Y a percibir con más certidumbre dónde fallamos y dónde estuvimos acertados. El resultado de este hábito es que terminaremos conociéndonos mejor a nosotros mismos. Sobre la base de este conocimiento propio podremos planificar y llevar a cabo una relación de mejor calidad tanto con Dios como con los hombres.⁸

El cuidado de cuerpo

Con el fin de servir bien a Dios, el predicador necesita estar en buenas condiciones físicas. Ya que somos el resultado de lo que comemos, es necesario tener cuidado con la alimentación, no sólo ingiriendo alimentos sanos a intervalos regulares, sino también en cantidades moderadas. Nunca nos debemos olvidar que la temperancia y el dominio propio forman parte del fruto del Espíritu de Dios en la vida del cristiano (Gál. 5:22, 23), y que esas virtudes exigen la prescindencia de todo lo perjudicial y el uso moderado de lo beneficioso.

Otro ingrediente indispensable de la buena salud es el ejercicio físico. Todos los órganos del cuerpo están relacionados entre sí, dependen los unos de los otros, y necesitan de un ejercicio adecuado con el fin de que, en su conjunto, tengamos buena disposición y buena salud.

Puesto que el trabajo del pastor es mental en gran medida, necesita dedicar una porción regular de su tiempo a una actividad corporal, para lograr el debido equilibrio entre lo físico y lo intelectual. Eso se puede hacer de diversas maneras, de acuerdo con las condiciones, preferencias y oportunidades de cada cual. Puede ser, por ejemplo, trabajar para cultivar una huerta o un jardín; o practicar ciertos deportes. Algunos tienen un *hobby* que les demanda bastante esfuerzo físico, como sería el caso de la carpintería. También sirve una carre-

ra o una buena caminata. Cada cual tiene que decidir por lo que le resulta más conveniente y placentero.

También necesitamos períodos de reposo, en los cuales la mente y el cuerpo se distiendan, de manera que la naturaleza se encargue de restaurar las fuerzas y el buen ánimo para la prosecución de los quehaceres. No es prudente vivir permanentemente sobrecargado, en una carrera que no tiene fin, traspasando los límites a que estamos sujetos como seres humanos. Las noches de buen sueño, y ocasionales actividades recreativas, contribuirán mucho a prolongar la vida y conservar la salud y el buen ánimo, teniendo en vista trabajar con más eficiencia en la obra del Señor.

Es mejor servir a Dios y ser productivos durante toda una vida que trabajar hasta el cansancio en los primeros años del ministerio, intentando hacer el trabajo de dos o tres personas, y después ser acusados de estafadores o caer en las garras de alguna enfermedad, de manera que resulte imposible la restauración.

Al preparar bien sus sermones, pero por encima de eso prepararse bien, el predicador estará obedeciendo la indicación de Pablo a Timoteo: "Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren" (1 Tim. 4:16).♦

Referencias

¹ O. Martin Lloyd, *Pregação e Pregadores* (San Pablo, Brasil, Fiel, 1986, 2ª ed.), p. 120.

² *Ibid.*, p. 121.

³ *Ibid.*, pp. 125, 126.

⁴ *Ibid.*, p. 123.

⁵ Elena G. de White, *El ministerio de curación* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1975), p. 35.

⁶ *Ibid.*

⁷ *Ibid.*, p. 37.

⁸ Elena G. de White, *Obreros Evangélicos* (Buenos Aires, Asociación Casa Editora Sudamericana, 1971), pp. 292, 293.

Obsolescencia

José M. Viana

Pastor y evangelista.

La palabra que aparece en el título de esta reflexión es sin duda poco simpática. O tal vez mejor: sin mucha gracia. Significa: "Volverse obsoleto, pasado de moda". En el mismo diccionario encontramos la palabra "obsoleto", con su correspondiente definición: "Caído en desuso, anticuado, inadecuado a las circunstancias actuales".

La obsolescencia es el peligro que todos enfrentamos en las diversas áreas de nuestros respectivos desempeños. Y también, en una traducción libre, sin las ataduras de la etimología, no crecer, quedarse estacionario, repetirse. Como pastores, debemos estar protegidos contra ese peligro, a través de la constante búsqueda del crecimiento personal, de lograr la excelencia en nuestra vocación.

El mundo le presenta hoy un formidable desafío al crecimiento del pastor. El desarrollo del materialismo ha disminuido el concepto de la necesidad de Dios. La sociedad se ha vuelto completamente secularizada y le rinde culto a la ciencia y sus métodos. Se educa a la gente en el escepticismo. Los que viven la religión no gozan de gran estima. Mientras el respeto por nuestra vocación ha declinado, la complejidad de sus demandas no ha dejado de crecer. Las iglesias compuestas por gente instruida no toleran la mediocridad en sus pastores.

Por todo eso el pastor debe estar comprometido con la excelencia. Si hubo un momento cuando el ministerio tendría que abrevarse en aguas

profundas, ese tiempo es ahora. Necesitamos de excelencia en el arte de conducir gente a Cristo, excelencia en una sólida predicación bíblica, que enfrente a la gente con el mensaje de Dios, excelencia en la manera de presentar el mensaje. El predicador necesita estar al tanto de las necesidades de sus oyentes, poner su mensaje en armonía con el contexto social de sus congregaciones, volverlo práctico. Como lo hacía Jesús. No sólo recibía los mensajes de su Padre; también estaba al tanto de la manera como se los debía presentar.

El apóstol Pablo consideraba atentamente esa necesidad. Por eso le dio a Timoteo el siguiente consejo: "Ninguno tenga en poco tu juventud, sino sé ejemplo de los creyentes en palabra, conducta, amor, espíritu, fe y pureza" (1 Tim. 4:12, 13). Desde la prisión, el pedido que le hizo a su joven compañero de luchas no deja dudas en cuanto a su preocupación por su propio crecimiento: "Trae, cuando vengas, el capote que dejé en Troas en casa de Carpo, y los libros, mayormente los pergaminos" (2 Tim. 4:13).

No es extraño que haya podido enfrentar con osadía a las autoridades de su tiempo, con valor, con un raro poder de argumentación con respecto a "Jesucristo, y éste crucificado". Aunque se trataba de un mensaje impopular en su tiempo, demasiado sencillo para convencer a los griegos, escandaloso para los judíos, por lo menos un rey, Agripa, quedó en el valle de la decisión: "Por poco me persuades a ser cristiano", dijo el monarca (Hech. 26:28).

Al llegar a este punto surge una pregunta que nos hace pensar: "¿Cuándo crece un niño? ¿Cuándo

llega a medir un metro veinte o uno cincuenta? Depende del tamaño que Dios le designó. ¿Cuándo crece un pastor? ¿Cuándo le piden que atienda una iglesia grande? ¿Cuándo lo llaman a ocupar un puesto en la Asociación o la Misión? La razón más destacada para determinar el crecimiento profesional no es el cargo o la importancia de él. Ni tampoco llegar a la estatura de otra persona. Debe llegar a ser todo lo que Dios designó que fuera" (*Guía para ministros*, p. 57).

Lo que se ha mencionado hasta ahora sirvió como motivación para que en 1995, 1997 y el 18 de abril de este año desarrolláramos una actividad denominada "Seminario de Actualización para Pastores Evangélicos". Los dos primeros se celebraron en el auditorio de la Sociedad Bíblica en Brasilia, y el último, vía satélite, en Nova Friburgo, Río de Janeiro, Brasil. Los objetivos eran claros: transmitir informaciones ministeriales y desafiarlos a elevar los ojos para abarcar horizontes más amplios en nuestro ministerio: el desafío de crecer para ver más lejos.

El ministro de hoy necesita aprender a tener la humildad de reconocer que su formación y su experiencia no serán suficientes para abarcar toda su vida profesional, y que es necesario un constante esfuerzo en la búsqueda de la actualización de sus conocimientos.

La permanente renovación lo ayudará a evitar la obsolescencia; servirá de ejemplo y eliminará la ilusión de que si trabaja duramente hoy el futuro estará asegurado. La verdad es que eso no sucederá. Hay un solo camino: esforzarse continuamente para progresar. ♦

Las profecías del fin

El doctor Hans LaRondelle ha logrado poner en claro muchos de los aspectos intrincados de las profecías bíblicas desde una perspectiva erudita pero de fácil comprensión.

Apocalipsis y el fin del mundo

El doctor Mario Veloso, especialista en los escritos del "discípulo amado", nos entrega esta obra para que el último libro de la Biblia se transforme verdaderamente en una revelación de corazón a corazón del Mesías fiel y verdadero.

LAS
PROFECÍAS
DEL FIN

HANS K.
ELLE

LA CIENCIA MEDICA
Y EL ESPIRITU
DE PROFECIA

PATRIMONIO

La ciencia médica y el espíritu de profecía

Esta Joya de bolsillo pone de manifiesto los alcances del don de profecía, anticipándose en decenios a los descubrimientos de la medicina moderna.

HIJOS
DE LA
PROMESA

CLIFFORD GOLDSTEIN

APOCALIPSIS
Y EL FIN DEL MUNDO

Fe para
enfrentar
la crisis
final

eloso

Hijos de la promesa

Clifford Goldstein, en la búsqueda de lo esencial, nos recuerda que en el encuentro entre Jesús y Nicodemo es donde quedó absolutamente clara la necesidad del hombre de volver a nacer.

PÍDALOS AL SECRETARIO DE PUBLICACIONES DE SU IGLESIA.

www.aces.com.ar / ventaces@satlink.com